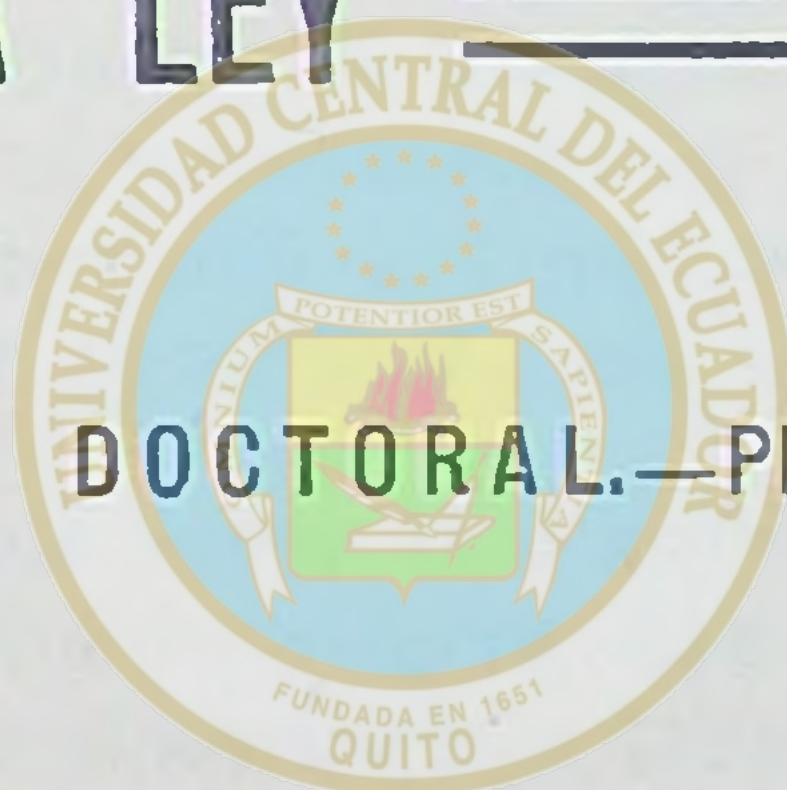


Por el Sr. Dn. Juan Yépez del Pozo

EL HOMBRE, LA SOCIEDAD Y LA LEY

TESIS DOCTORAL.—PRIMERA PARTE



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Sea este pequeño estudio en el que he vaciado mi espíritu; en el que he puesto el valor de mis energías juveniles, mi ofrenda de reconocimiento al viejo Hogar Universitario, este viejo hogar que mantiene incólume el prestigio de la Idea; que sabe hacer del pensamiento un dinamismo creativo; del sentimiento una fuerza de lineamientos delicados; de la voluntad un carácter

Si aquel, puede llenar esta aspiración, creeré entonces, con íntima alegría, que he cumplido con un Deber que sinceramente la comprendo y acato

ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

El Hombre, la Sociedad y la Ley

El hombre en la naturaleza.—En la idea.—En el arte.—En la ciencia.—En el trabajo.—En la política.—En la religión.—En el hombre mismo
Sociedad-Ley

Brillan las auroras de un nuevo sol en el espacio infinito. La tierra es un seno fecundo y portentoso que alimenta los cerebros que esparcen las ideas. El hombre es su modalidad viva e inteligente; es la síntesis única justificable de su ser y existir; y por él se explican los fenómenos que se generan en sus entrañas.

Los siglos han pasado con su lento devenir y siempre en ellos el hombre ha encarnado el tipo céntrico de cada civilización; de cada forma de cultura: la Historia de una época.

Y éste, para alcanzar su alta finalidad correspondiente a su educación y desarrollo intelectual y físico en cada ciclo, ha tenido que formar su ambiente capaz de acercar la naturaleza a su yo, venciendo los rigores de ella y adaptándola a los medios creados por la energía imperativa de su voluntad.

El hombre, como bien lo afirma Eliseo Reclus, no vive solamente encima del suelo; nace también de la tierra; es hijo de ésta, como lo dicen las mitologías de todos los pueblos, y ya hayamos germinado en el légamo del Nilo, ya hayamos sido amasados con tierra roja del Eúfrates o de los aluviones sagrados del Ganges, no dejamos de ser hijos de la «madre benéfica» como los árboles del bosque y los cañaverales de los ríos. De ella sacamos nuestra sustancia; nos alimenta con sus jugos nutritivos, proporciona el aire a nuestros pulmones y nos da la vida, el movimiento y el ser. Es impo-

sible, por lo tanto, concluye, que las formas terrestres, con las cuales la flora y la fauna se armonizan de tan admirable manera, no se reflejen igualmente en los fenómenos vitales de esa otra fauna llamada humanidad.

Un paralelismo exacto hállase establecido entre el conocimiento y el ser de las cosas: cada cultura ha correspondido a un tipo de hombre, y un nuevo problema nacido al finalizar aquella ha constituido una forma especial de conciencia, conciencia singularizada podemos decir, por cuanto entraña hechos que se realizan en raros y estrechos círculos y no pasa por el análisis de todos para su aceptación o rechazo. Este periodo corresponde a la vida mecánica de las ideas; se ciernen libremente en los espíritus, y la intensidad de su influencia es nula. Es necesario, que venga más tarde la tamización de ellas en la reflexión inteligente para que su penetración sea delicada, fuerte, integren toda una psicología: existe una verdadera asimilación y crítica.

Si su fondo interesa y cumple la necesidad del momento, o preve, con sutil penetración, la futura, y es una verdadera y rica floración intelectual de principios, de doctrinas, gesta una cultura y es el valor de un siglo.

Estas, muchas veces, imponen sacrificios para asentarse triunfantes en la vida de las multitudes.

En última graduación muestran sus espíritus flaqueantes y débiles las que no trajeron consigo la nobleza del germen fecundante y poderoso, o las que, por su demasiada intromisión se aplebeyizaron en el verbo grosero y rudo.

Todas son formas de lucha entre la naturaleza y la idea. El medio la una en que puede levantarse el imperio de la otra.

Y en este encadenamiento sucesivo de crear y de surgir el pensamiento, se encuentra el motivo explicativo de la evolución universal.

Débese comprender, esto sí, que todo lo dicho se refiere a un periodo en el que el instinto es un modo secundario del conocer y en cambio prima vigorosamente la conciencia intelectual.

Esta consideración hacíase necesaria por cuanto, en las primeras etapas iniciadoras de la oposición entre la materia y la estabilidad del hombre, la mayor parte de los accidentes favorables a éste, se debían en gran parte a circunstancias excepcionales ajenas a su voluntad; pues, si bien es cierto que el instinto clarísimo y vivaz contribuía eficazmente a man-

tener equilibrada, lo más, esta titánica irrupción del hombre, lo es también, el apoyo que prestaba a la naturaleza bravía y terrible, en su enorme y magnífica fiereza, a este audaz mantenimiento.

Bien sabidos son los acontecimientos en los que se vió envuelto el hombre en los primeros impulsos de su nacimiento: escenas sangrientas que se confundían con los estragos violentos de la masa agresiva y martirizante; ataques bruscos de las bestias y alimañas milenarias que horripilan; toda una vida cansada y fatigante en los alimentos y el abrigo prestaban la circunstancia casual que el hombre asía como un lobo hambriento.

Más tarde sí, provócase el establecimiento de las fuerzas en que el pensamiento domina y desentraña el misterio de aquellas; disecciona diestra y pacientemente la materia; estudia sus fenómenos y encuentra las causas y defiéndese o utiliza sus efectos.

Una canstrucción meditativa las lleva a ahondar más su espíritu de investigación. Atento y contemplativo, con una contemplación escrutadora y ferviente, echa su mirada al infinito azul que cobija crepúsculos de una belleza esplendente; admira el paisaje melancólico que se dibuja en la penumbra, entre preciosos cambiantes de luz; teme y se arrebuja ante los fríos cortantes y el espectáculo terrible que presenta el cataclismo; le sorprende el color, la irradiación de la luz; le absorbe un perfume; intrigado y violento sigue las caprichosas sinuosidades del agua cristalina y murmurante; se confunde en el tupido e inaccesible bosque secular; se extasía en la esbelta y grandiosa figura de las cadenas volcánicas; le seduce la tersura del lago y le anima, quebrantando su espíritu, la inmensidad oceánica; concentra profundamente su alma, y hierático, absorbido, entrega todos sus sentidos al corazón y ofrenda, ingenuo, apasionado, en holocausto de su Dios.

El múltiple impresionismo que dilata su cerebro le hace concebir la forma y la manera de perpetuarla para siempre.

Copia con mano hábil las primeras formas, y a éstas corresponde un arte rudimentario y simple: líneas rectas y sin proyección alguna; no existe animación ni se hallan dotadas de gesto real; parece que huyen y se esfuman ante la vista. Las cosas abstractas y todas aquellas que ofuscaban su cabeza, de difícil explicación, las encierra en símbolos de rara firmeza y genialidad.

El simbolismo es una forma avanzada del arte.

Una visión más luminosa y perfecta y el genio se levanta airoso y triunfante: es el período verdadero del arte: el lenguaje es su primigenia manifestación y él estimula el desarrollo pujante y gallardo de las otras expansiones bellas del espíritu. La poesía, la música, la pintura y otras creaciones divinas, magistrales creaciones en que el hombre se deleita y se pierde, se arranca de la vida en alas del ideal hacia la gloria, lo infinito, lo eterno; gratas y purificadoras creaciones que enaltecen y perfeccionan el sentimiento; que fijan la euritmia del mundo, levantan arrogantemente el dolor y plasman el principio maravilloso de inextinguible fecundidad, el Amor.

No cesa el intenso interrogante del hombre y su desenvolvimiento, aunque paulatino, es preciso y eficaz. Sus aspiraciones y deseos no son ya el producto del momento instigador que llena la nutrición ambulante y ansiosa, sino una comprensión más clara y definida de los objetos y fenómenos que le rodean e intervienen, cada vez más inmediatamente en el fervor diario de su trabajo; en sus inclinaciones y afectos, en la dirección acertada de su yo.

Le preocupa insistentemente el por qué de todo aquel conjunto complejo y vario que se sucede y cambia sin interrupción, con rigurosidad matemática, aprisionando la realidad del Universo.

Sutiliza sus sentidos y entra laboriosamente al estudio analítico de la materia descomponiéndola hasta su última reducción; reconstruye, deduce y presenta la fórmula clarísima que explica y satisface: —He allí la ciencia, el elemento fertilizante de los conciencias desentrañando su propio contenido y alzándose severa, imperiosa en el camino de la vida. Ya tiene el hombre con ella el instrumento mágico que descubre los mundos y salva su misma existencia.

No le molesta la selva intrincada y de vegetación lujuriante, ni el aleve e inmenso pantano; tampoco las extensas praderas y los valles arenosos y secos que le roban y ciegan su vista; no le arredra la imponentia del mar vasto e infinito ni el pavoroso vértigo de las alturas que guardan en su seno al Sol: es el espíritu dominante que roba el mundo. «El hombre impulsado por la necesidad y dueño de los inmensos recursos que le dan la ciencia y el trabajo asociados, puede transformar en rica campiña cualquier terreno: con canalizaciones subterráneas hace desaparecer las aguas perniciosas;

con el riego da en la época oportuna el agua necesaria al desarrollo de la sabia y los tejidos; con los abonos enriquece el suelo y alimenta las plantas; con otras mejoras transforma la misma naturaleza del terreno. La agricultura, que se practicaba antes como al acaso, tiende cada vez más a convertirse en ciencia; lo será por completo cuando las leyes de la Química, la Física, la Meteorología y la Historia Natural se conozcan con perfección.» «Las pendientes de los volcanes mediterráneos presentan asimismo ejemplos notables de cuanto puede hacer la tenaz voluntad del cultivador. En las mismas laderas del Etna, cuya cima se levanta a lo lejos en la región de las nieves, viven más de trescientos mil habitantes. El suelo de los campos, sombreados por muchedumbre de árboles frutales no consiste más que en lavas y cenizas, pero el arduo trabajo diario lo ha convertido en jardín, que es la maravilla de Sicilia.» «Actualmente lo que proponen los hombres de ciencia consiste en establecer debajo de la superficie del suelo un movimiento circulatorio de agua análogo al que se verifica naturalmente en el aire y en la superficie de los terrenos, por las nubes y los ríos.» Y no sólo ha llegado hasta eso la conquista de las tierras por el hombre, ha ido aún más lejos, apoderándose del fondo de los lagos y playas bajas cubiertas por las aguas del mar. «Veintidós siglos hace que, en tiempo de Alejandro de Macedonia, el ingeniero Krates se ocupó en vaciar completamente el lago de Copais en Beocia, y la industria moderna ha sido más afortunada en Italia, reanudando y terminando una labor de disecación que los romanos no supieron acabar. El lago Fusino, situado a ochenta kilómetros al Este de Roma, cerca de Avezzano y de Celano, ocupa el centro de un circo de los Apeninos en forma de cráter, cuyas escarpas están cubiertas de habitaciones y campos cultivados.»

Ha llegado, por último a las grandes obras de defensa, los diques; a construirse y abrir vías de comunicación, con canales, puentes, viaductos, perforación de istmos, ferrocarriles, hasta la sorprendente comunicación rápida y momentánea, precisa y de incalculable valor, del telégrafo eléctrico y las ondas erthzianas.

Los músculos recios y vigorosos del hombre no se agotan ya por la fatiga penosa del trabajo; están apoyados y fortalecidos por la máquina de las grandes industrias.

Cómo resuelve todos los problemas que pueden impedir su paso victorioso y rápido, y qué formas nuevas de adaptación encuentra para la evolución de su necesaria y exigente cultura?...

El trabajo rudimentario e improductivo que absorbía el tiempo, cambiase en el empleo científico y reglamentario de los hombres, y su condición grosera y su calidad abyecta, trócase en consideración y amplio apremio.

La maldición lumínica al goloso del paraíso resuélvese en un conjunto armónico que explica la esencia de la vida aún en sus más recónditos adentramientos. Con gran precisión se determinan las relaciones espirituales con las realizadas por la conquista material; la reciprocidad de unas y otras manifiéstase muy honda en todas las cuestiones que requieren tal fuerza de intervención para completarse y desdoblarse según las necesidades del momento.

Y es así como se forma el caudal inmenso que genera el pensamiento humano contraponiéndose a la inercia de las fuerzas.

Cántase la apoteosis del trabajo; admírase su fertilidad inagotable; y en todo minuto impresionase el espíritu con las ricas y delicadas emociones de su movimiento; de su inquietud rebelde e impetuosa; de su goce incendiario y santo. El trabajo es un precioso aliciente de las actividades humanas y a él se debe su desarrollo evolutivo. Ningún placer a él se equipara y su intensidad influenciante está en el grado de mentalidad que le calcula. Infeliz aquel que alguna vez no lo sienta y ponga su barriga al sol para que germinen sus pasiones irredentas. «En la hermosa época de las repúblicas griegas los Helenos se proponían convertir en héroes a sus hijos por la gracia, la fuerza y el valor; despertando en las generaciones jóvenes todas las cualidades viriles, llevándolas hacia la Naturaleza y haciéndolas luchar con ella, podrán las sociedades modernas librarse de la decadencia por la regeneración de todas las razas.»

Todo es acción y reacción; integración y desintegración, y en esta doble función de los seres se halla concretado el gran misterio de la existencia y el doloroso ideal de la humanidad, su cumbre aspiración.

Encontrar la fórmula eficaz de su desentrañamiento, he allí la lucha de las generaciones; el continuo malestar de su cerebro tumultuoso; la ardiente imaginación de su alma artís-

tica, poética y visionaria; de sus desprendimientos heroicos y de sus sacrificios alucinantes; de sus embestidas guerreras y de sus caridades meticulosas; de sus sueños fantásticos y sus ilusiones aurinas; de su paciencia ridícula y su contracción torturante; he allí su santidad, su éxtasis, su sabiduría; he allí su diplomacia, su política, sus pasiones y su egoísmo; he allí, por fin, al hombre confundiendo su vida con su vida en el eternal abrazo del amor haciendo renacer en él una nueva conciencia que se sumará con todas en la misma desconcertante y pavorosa empresa.

El trabajo. Cuántos obreros en el mundo y cuánta desigualdad en la apreciación de ellos.

Obreros intelectuales y obreros del músculo que concentran el valor fecundo de las energías en su vigoroso esfuerzo, tienen, sin embargo, la repugnante contemplación del pulpo parasitario que robó su producción y atisbando sus economías procura su último agotamiento.

Las creaciones artificiales del hombre en su estúpido egoísmo desbaratan el monumento levantado por los siglos; corrompen el deber y levantan el vicio; sacrifican al hombre mancillándolo con el aherrojamiento de su libertad.

La religión, no es sino un acomodamiento superficial del hombre que tiene en sus primitivas etapas el valor de la imaginación. Es término, el dios incoado en las conciencias de nuestros antecesores, de comparación y diferenciación irreflexiva. Por él acéptase los fenómenos imperantes y se da la explicación sui géneris de su existencia, y por él, además, se justifica la división de los grupos en clases, entregándose la acción edificante de juzgar en manos de tan delesnable teísmo.

Se aviene perfectamente el conocimiento de las cosas con las prácticas consumadas; por la decisiva aprehensión que hace de todos los espíritus este panteísmo arraigado en las entrañas de la multitud.

La religión, aparece después, como en una salvación diluviana, en forma de dualismo y monoteísmo predicados por pueblos de civilización mayor con la que saben calcular el interés creciente que toma entre los asociados la comparación de la virtud encarnada en tipos más concretos, fáciles para la asimilación de una pseudo verdad y aptos para una obra continua de milagros. La religión en sí misma considerada, pudo y puede ser estimulante positivo de misteriosas y ardientes pasiones que se manifiestan en estados irreales y alu-

cinantes; de una anormalidad provocada. No de otra manera se confirman los cambios humanos que provoca el éxtasis llevado hasta su último extremo: paralización física y fisiológica y apenas una especie de subconciencia lejana que imperceptiblemente contesta al yo sin caracteres o signos que digan algo del mundo externo. Es tal el estado de arrobamiento, que muere en el individuo poseído de él todo contacto, aún el más leve con los objetos que le rodean. La psicología del momento señala una pérdida total de energía y una entrega completa del espíritu que sale palpablemente de su contenido corpóreo.

Pudo ser, asimismo, un principio de educación moral en cuanto que las sanciones ultraterrenas inspiraban verdadero temor a los individuos que acogían la gravedad de ella, en su estricto sentido. Como institución, siempre ha constituido un poder absorbente y perverso; ha vinculado su existencia al número, a la ignorancia y a los caudales de su astucia disfrazada y de su oro recogido a porciones del público creyente. Ella, además, ha sido y es un lujo de los pueblos para cuyo mantenimiento y culto emplean verdaderas fortunas.

El valor consagrado a un Dios y sus derivados depende en gran parte de la riqueza fabulosa de su ornamentación y del boato de las fiestas rendidas en su homenaje.

La religión, por último, es un tránsito entre los actos libremente ejecutados por el hombre, buenos o malos con sujeción única a su temperamento, y el ocultamiento posterior de los que hipócritamente realiza por temor a la sanción que le imponen las reglas místicas; bien sabido que el placer del arrepentimiento o el dinero, son un gracioso quebrantamiento a tan elásticas reglas.

Junto al fenómeno religioso se han manifestado el político, el militar y el económico, realizándose en esta colisión de miras sociales, la gran lucha de las clases parasitarias que perciben la mejor presa de aquel super-organismo que cultiva con su sangre la sabiduría de la vida y hace del mundo su palanca de trabajo.

La sociedad, un medio de propulsión de las energías, sufre dolorosas sacudidas originadas por la lucha del hombre contra el hombre, lucha que provoca los sacrificios sangrientos y estériles.

Cómo corrige aquella estos desequilibrios?... La fuerza reguladora de su propia naturaleza inmanente, crea medios

que sirven su finalidad de un modo perfecto. Fija con caracteres inconfundibles la Cultura difundiendo en un radio ilimitado que permite el dominio de su acción remozante e innovadora; declara el derecho y prescribe el modo de hacerlo efectivo en cualquier momento ante la justicia, si él es conculcado, por medio de la Ley; establece las relaciones de mutuo acuerdo, integridad y respeto que se deben los estados entre sí, mediante el precepto internacional. Y estos tres principios plantean la actitud del hombre consigo mismo y frente a la sociedad en cuanto es miembro de ella en cuyo seno desarrolla, declina y muere.

Las agrupaciones sociales, entendiéndose las que tienen su valor de organización, en la marcha nunca interrumpida de su historia, no han dejado de presentar las demostraciones evidentes de su paso civilizador, cuya huella impresa profundamente en el corazón de los pueblos ha sido respetada por el tiempo.

Reviven en nosotros las virtudes de su vida laboriosa e inagotable y es el recuerdo de su heroísmo pujante y triunfal el que estimula el fervor de nuestras aspiraciones.

Rinda tributo la generación actual a tan altos valores; torture el espíritu e instigue hondamente su psicología para bañarlo en las bondades del mundo y así le permita edificar el monumento que no corrompen los siglos.

El Hombre y la Sociedad

La técnica científica exige menos términos añadidos a su lenguaje peculiar. Un conjunto de observaciones que anotan la nueva anunciación de un fenómeno, trae consigo la fórmula expresiva de su esencia.

Si de orden físico o químico comenzando por lo inorgánico y lo cómico; si de orden biológico, anatómico, fisiológico, en lo orgánico; si metafísico, filosófico, histórico, político, económico, sociológico en el orden intelectual social, allí están las huellas impecables que deja el cerebro del hombre con rasgos firmes y precisos.

La conquista apaga el grito doloroso de un pueblo que termina y en el que imprime nuevos impulsos a la marcha de su vida. El hombre conquista en su laboratorio científico un nuevo conocimiento y estimula el cambio evolutivo de las cosas y los pueblos.

A un conjunto de principios una forma de civilización y de cultura. La proclividad de las conciencias hacia la adaptación de lo imperante y necesario: talvez aquella no corresponda en el primer momento a la comprensión valorizadora de lo que se halla flotando en el ambiente o éste, en cambio, sea rudo y esquivo, sin embargo, una atinada intuición permite la asimilación progresiva de la forma imperante que salva su posible ruta descendente.

Los medios inadecuados influyen en que muchas reglas culturales no tengan sino la importancia de su primer esfuerzo, no presentando en sí la utilidad de su bondad perfectiva y quedando entonces como signos fisonómicos que se pierden.

Es necesaria una robusta conformación intelectual que sirva de base para producir un período ascendente y elevado.

La energía, penetrando en todo orden de conocimientos

encuentra en la sociedad su modalidad característica, y hácese sensible en ella como realidad social.

Cómo interviene; cuándo aparece su influencia; cuál es su actitud diferencial?..... He allí la gradación sucesiva de sus manifestaciones fenoménicas.

La sociedad, un todo heterogéneo y multifásico, intrigando en su extenso recorrido desde su contenido embrionario y simple hasta su complejo y máximo desarrollo integral.

La feraz elucubración Comtiana construye un nuevo sistema que, alejándose del psiquismo individual, motiva el surgimiento de un principio más preciso y completo en la concepción de la Sociedad.

Esta entonces, es el número múltiple de voluntades que se unen; es un producto elevado de noble raigambre cuyo fin constituye la obra de perfección de la humanidad. La sociología es la ciencia de su contenido y de su relieve estructural; es el elemento investigador de su quietismo absorbente, (estatismo) como de sus actividades tan pronto serenas y medidas como violentas y combativas (dinamismo); es el pensamiento que se anticipa a su futuro y estudia su pasado y su presente, en una historia general de la humanidad constituida científicamente como diría Kowaleshy.

El hombre labora e interviene directamente en el gran conjunto social, ya dentro de la célula primigenia que informa la familia y ya en los diferentes agregados de individuos que patronizan una actividad primordial, hasta llegar al portentoso conglomerado que encarna el alma universal.

La sociedad en su desenvolvimiento vital necesita, a más del individuo, su elemento consciente, del elemento cósmico, espacio y materia, y del elemento social, su base misma de existencia.

Cada uno de estos elementos interviene de diferente manera y su influencia es mayor o menor según el grado de presión que ejerza.

Es por esto justamente la dificultad que entraña apreciar de un modo acertado la peculiar manera de pronunciarse tal o cual fenómeno que decide un cambio social. Puede ser éste, algunos o muchos, en la rápida variación de las fuerzas genéticas, sin que ninguno perfile la causa inmediata.

Sin embargo, esta especial manera de ser favorece, en la máxima trayectoria que sigue el pensamiento para su investigación, el que pueda descubrirse ciertas calidades que le acom-

pañan y que hubiesen quedado vedadas sin esta contingencia: la sintomatología de las voliciones y de los hechos sociales, en cuanto proyectan imágenes inseguras de su origen causal, es una paradoja científica que tiene su base de afirmación concreta.

Esta singular manera de obrar, como dice Durckheim, califica su diferencia frente al hecho histórico o físico, provocando así la existencia de un plano de objetividad distinta en que actúa la ciencia sociológica que ocupa, entre las demás, un puesto más elevado, ya se tome en cuenta el espíritu que anima su estudio o ya la realidad que trata de conocerla.

No queremos historiar las sucesivas etapas que ha experimentado la sociedad desde su origen, pues bien sabidas son éstas, a más de que en el momento actual de nuestro análisis subsisten todavía sus formas peculiares que evidencian tal desenvolvimiento evolutivo. Los pueblos, en efecto, por una ley natural no se desprenden de sus constituciones de antigua cultura y antes bien las conservan. Hay momentos más bien, de rara inclinación espiritual en que se alimenta un profundo deseo de regresión; en que se aviene la conciencia social a revivir instituciones muertas impulsada por el peso de un fuerte trastorno sociológico. Las sociedades como las culturas se renuevan y modifican constantemente y nunca es posible creer en la destrucción absoluta de ellas, pues las nuevas que nacen toman algo de sus ruínas.

Verdad es, como dijimos al principiar nuestro estudio, que cada cultura y sociedad corresponde a un tipo de hombre; pero esto, debemos considerar con un sentido presente al tiempo en que uno y otro se producen sin retrotraer una anterior civilización.

El criterio es exacto si comparamos varios pueblos y varias civilizaciones que difieren sólo en cuanto al mayor o menor número de necesidades que cumplen y a la apreciación mejor o peor de ellas, ya que estas dependen de muchas circunstancias.

En tratándose de la cultura, el problema es distinto. Los pueblos para adaptarse a ella se resisten y guerrear y no se declaran pertenecerla sino cuando está cerca de la línea de su fenecimiento. Aquella describe una curva en que principia ascendiendo; tiene su apogeo en el punto céntrico, (influencia total en las conciencias: modificación radical de costum-

bres y hábitos) y desciende hasta quedarse pasiva y estacionaria alentando un cambio.

La cultura es una reflexión muy honda y que interesa a los grupos sociales de un modo persistente. La civilización no es, en cambio, sino una manifestación parcial de aquella y que muchas veces erróneamente se involucra. Una civilización mayor puede informar en numerosos casos una cultura relativa; lo contrario no acaece nunca.

La justificación de este principio ha proporcionado a los sabios una manera de diferenciar las razas. La aplicación no es muy clara que se diga y se presta a erróneas interpretaciones, puesto que el principio no es de un origen determinado y exacto y antes bien, es el producto de un conjunto de factores y una especial dirección funcional.

El estudio de tales factores, precisamente, que induce la presentación fásica de la sociedad, es el motivo de derivación del intelecto, y su posible clasificación por otra parte, que da lugar a la existencia de las escuelas sociológicas.

Conforme a esto, iremos apartando uno a uno cada factor y estudiándolo detenidamente. La gradación fenoménica de Ward la tomaremos como nuestro plan lógico directivo, en gran parte.

Y así, correspondiendo a la primera impresión que produce en nuestro espíritu admiración y sorpresa, fijemos la atención en la naturaleza, en su dinamismo cosmológico.

La materia lleva en sí misma su fuerza propulsora y eficiente que la constituye en su unidad anatómica, y las derivaciones que sufre en su forma, cantidad y esencia, productos son de aquella misma fuerza, cuando, por un estímulo externo, manifiéstase actual y positiva en cuanto a su existencia.

El quietismo absoluto se opone al ser del mundo en que todo es fuerza y acción; en que las leyes regidoras de las transformaciones de la materia físico-químicas y de su equilibrio armónico, se realizan espontáneamente.

La atracción y repulsión; la gravedad y la pesantez; la afinidad y la reacción, leyes son que deducen la finalidad de la materia y la regularidad del sistema planetario-sidereal.

Fundados en el valor que estas leyes encarnan, varios sociólogos, entre ellos Comte y Spencer, han visto en su cumplimiento una aplicación a los fenómenos sociales. Su principio se halla concretado en la escuela Cósmica, la misma

que admite variaciones según la índole del sistema expuesto: Mecánico-evolucionista, (Hedonismo) Carey-Pareto; mecánica psicológica, Waxweisler, energética real de Oswald.

En todas éstas la aplicación científica de la actividad molecular adquiere un vuelo imaginativo espacioso y sutilmente inquiridor. El quimismo de los compuestos inorgánicos encuentra su similar en el compuesto social, y las diferentes desviaciones y quebrantamientos que observa la sociedad son niveladas por una fuerza igual a la que opera en la materia inerte.

Las conclusiones a este respecto no tienen el valor necesario que satisfaga una explicación eficiente, pues, como ya hemos anotado, en los fenómenos que presententa la naturaleza, la energía propulsora o causa externa inmediata es un producto aislado y espontáneo cuyo origen se halla adherido a la sustancia misma de que proviene, y en todo caso, la causa bien puede ser analizada y conocida, lo que no sucede en un fenómeno social, cuya energía depende de accidentes confusos y distintos cada vez, y cuyos efectos muéstranse, asimismo, extensos, diminutos; de una elasticidad admirable.

El superorganismo social, como llama Spencer, es un agregado del más complejo sintetismo y el valor de las fuerzas que en él se concentran le revisten de una potente virtud dinámica. Ya se dilate ampliamente o sufra contracciones violentas, pulsaciones son de su torrente sanguíneo que imprime su vida, y que nada tienen que ver con la pasiva mortalidad de la piedra que espera su estimulante externo.

Sinembargo, la afinidad química que forma un agregado distinto de los cuerpos que junta o la atracción física que permite el acercamiento o el equilibrio rotativo de los cuerpos en sus órbitas, ha sido un motivo para pensar en una especial semejanza con las formas que realiza la simpatía y los vínculos que proyectan las razas entre los individuos sociales. Pero, de esta actitud aparente y superficial, no vamos a concluir erróneamente, que entre estas dos modalidades, tan claramente distintas, haya relación ni de relativa continuidad.

Spencer, tomando como punto de partida el elemento físico, para llegar a sus afirmaciones parte del estudio de estos tres estados: 1.º el de concentración e integración de la energía, fundamento de la doctrina de la conservación de la materia, de Lavoisier; 2.º el de diferenciación, ley del movimiento y transformación, desdoblamiento de la energía, aplicable a

lo biológico y psíquico; 3.º el de coordinación, ley de la división del trabajo. Toma en cuenta, además, el principio de la mínima resistencia, de la dirección y el ritmo del movimiento, como medio igual de propulsión de las corrientes sociales en su encauzamiento directivo y en su marcha ascendente.

Tanto apuellos como éste flaquean al ser conexionados a la realidad social, pues la índole de su apreciación científica no es aplicable sino a una mínima relatividad.

Por otra parte, los fenómenos que se toman como base para tal estudio y aplicación no tienen sino una aparente semejanza, sin que en el fondo participen de una misma fuente generatriz.

Que el ambiente físico utiliza la sociedad y recibe su influencia es un hecho evidente por varias razones; pero ni esto, ni la alimentación, ni el clima ni la configuración del terreno, que bien pueden tomarse en cuenta como factores inmediatos que intervienen en la situación de la humanidad y en su fisonomía perfecta, no autoriza a confundir en ellos la flexibilidad compleja e inherente sólo a las causas sociales.

La Escuela Geográfica, en efecto, al tomar en cuenta para su estudio, los diferentes factores que acabamos de anotar, no ha dejado de tener su acierto en cuanto a la manera de calificar las diferentes civilizaciones humanas siguiendo con prolija atención una serie continuada de hechos, costumbres y hábitos, como cosas vividas y evidentes; pero olvidó, en cambio, considerar la reacción que nace en el individuo, en el grupo, de un modo inmediato para contrarrestar o modificar la influencia de tales factores, reacción, que en su tendencia natural en la lucha por la vida, confirma la mejor aptitud de los individuos que buscan un medio más fácil y adecuado para el fértil desarrollo de sus inclinaciones y actividades.

Y es así como llegan a formarse las diferentes categorías de pueblos que se reparten en el mundo: la de los trópicos; de tierras exuberantes y de una vegetación lujuriente; de clima cálido y húmedo; la de la zona glacial, desprovista de toda vegetación y en la que la naturaleza parece confabularse para negarle todo horizonte; la de la zona templada, por último, riquísima en clima, productos, y toda clase de elementos necesarios para la vida y el progreso de la humanidad.

Se ha tomado en cuenta asimismo, la especial configuración del terreno en todos sus relieves, montañas, mesetas, colinas, y llanuras para hacer resaltar claro el contraste que

existe de un pueblo a otro según el campo escogido para fijar sus hogares. Estos contrastes, sin embargo, no se presentan muy definidos, como bien lo afirma Reclús, pues tanto la influencia de vientos y corrientes, presencia de mares interiores, repliegues de las cordilleras, etc., no son sino meros accidentes que subsisten o desaparecen por trastornos geológicos, o ya también por la tenaz voluntad del hombre. Además, «aún cuando los pueblos no cambian de patria ni se mezclan con otros, sus costumbres se modifican con los diversos cambios del Estado social, y por lo tanto la influencia de la naturaleza que los varía con tiempo. Las grandes selvas; donde el número de habitantes depende fatalmente de la cantidad de caza, dejan de convenir al hombre cuando se convierte en agricultor; derriba el hacha los árboles; campos de cereales van ocupando los claros, que cada vez son mayores; cambia el clima e influye en las poblaciones que se agrupan en los espacios libres». Cosa análoga sucede con el cultivo de las estepas, y de las tierras bajas y pantanosas.

Estas y otras situaciones creadas por el hombre mediante el vigor de su esfuerzo, ha dado lugar a que Desmoulins fije las premisas científicas sentadas por él respecto a las Rutas diferenciales que han seguido los pueblos con sus rasgos peculiares: La de los desiertos; la del pastoreo y la de los grandes bosques y la de aquellos que levantan sus habitaciones cerca al mar, los lagos y los ríos.

Ingenieros, el eminente sociólogo argentino, ha hecho un estudio análogo en los países sud americanos.

Como hasta aquí hemos visto, todos los elementos escogidos son secundarios, sin que pueda inducirnos a construir un sistema explicativo que llene una exacta aspiración científica, y, a lo más, podemos inferir aproximadamente que éstos suponen una yuxtaposición necesaria a la sociedad.

Avancemos en nuestro razonamiento y penetremos en un plano más elevado: lo biológico y lo psíquico.

La unidad celular es el principio generador del compuesto orgánico, y su finalidad, la vida. Comienza su desarrollo por la movilidad protoplasmática hasta llegar al complejo y so-

berbió mecanismo cerebral que gasta la idea y hace del individuo un hombre.

Es la experiencia conducida con certeza la que penetra en el campo de lo biológico; se adentra en el detalle minucioso que vibra en el organismo animal ya unitario, ya pluralizado, la que investiga el delineamiento que puede edificarse, como un símil comparativo, entre el todo animal y el sociológico.

Surge entonces el concepto de organismo que capta una función propia y diferenciada, función que puede perderse por una anquilosis medida o repentina según que la utilidad prestada a su principio vaya amenguándose en el tiempo.

Esta defectuosidad inherente súplese por la selección de los individuos, quienes, por inocente predominio de su capacidad adaptable, transmitan a sus descendientes por herencia. La «Struggle For Life» es el imperativo que justifica y agranda la renovación de los organismos.

Los estudios de Lanmarck, Darwin, sobre la evolución de las especies, impera en las conciencias dirigiéndolas a la meditación del problema similar que pueden ofrecer los agregados humanos en la realidad social.

La escuela biológica cree, por un momento, tener asegurado el triunfo en la resolución definitiva del oscuro e intrincado problema con que sorprende al intelecto la marcha de la sociedad: sus conclusiones, que demuestran una severa y atinada observación, tienen un enorme valor comparativo y verdadera atención y acopio científico necesitase para entrever el límite que separa y distingue estos dos órdenes de hechos vitales.

La escuela que mencionamos analiza las especies animales y la historia por épocas: recoge datos importantes de su vida y encadena hechos acaecidos durante su desarrollo evolutivo; fija su paciencia en la observación de las costumbres y labora con el instinto.

Con el apoyo de la Antropología reproduce en las formas actuales que presentan ciertos pueblos salvajes diseminados en algunos continentes, el rudimentarismo y vacuidad del hombre primitivo que corre grotesco y gestudo en la horda bárbara.

El gregarismo animal que vive en colonias fuertes y que presenta un riguroso mecanismo operante es un hecho que señala el lugar en que debe colocarse el instinto; el mimetis-

mo es otro carácter primordial que marca las actitudes que toma el animal frente al peligro y a la lucha.

Existe una verdadera gradación de la potencia instintiva conforme a la división de la escala zoológica: desde la más simple hasta la más elevada, haciéndose notorio entre ellas la de ciertas especies, como las abejas y las hormigas por ejemplo, que tienen rasgos excepcionales.

D'Agguano al estudiar la génesis del fenómeno jurídico echa su mirada retrospectiva a los tiempos primitivos, y, ya sea la propiedad, la familia, la sucesión, arranca de allí el germen elemental que escalonándose poco a poco por sucesivas creaciones se completa en brillantes Instituciones.

La vida se resuelve en una múltiple variación de estímulos, necesidades, medios y actos. Todo organismo ligado a su finalidad imperiosa trabaja incesantemente y este trabajo modela su perfección futura.

El instinto animal exige una fuerza que se traduce, ya no en el estimulante externo, sino en una mayor y precisa que se localice en centros de alta capacidad receptiva y transmisora. Los diversos fenómenos que sus gestos y miembros transparentan tienen así la virtualidad necesaria, comprensiva de mejor inclinación motiva, inclinación que tiene una causa superior que podemos llamar con Ward conativa-eficiente.

Son dignos de estudio los diferentes y sugestivos fenómenos en que se desenvuelve el instinto. Las experiencias sobre él se han multiplicado y cada vez encuéntranse detalles de significativo valor para la ciencia.

El estudio del hombre en su estado incipiente ha comenzado por separar todos los actos de la vida animal, vegetativa, de aquellos que traducían una mayor inclinación tendiente a mejorar la satisfacción de sus necesidades y limar su temperamento, es decir un principio de proyección reflexiva, en la que se podía distinguir claramente. el apreciamiento de un sentido lumínico, podemos decir, que sumaba sus sentidos, haciéndole percibir algo más distante y hondo de lo simplemente visual, auditivo o gustativo.

Este sentido es el primero en marcar la situación del hombre frente a la naturaleza y al grupo, y el primero también que señala el valor de sus emociones.

No se escapa a la penetración aguda de nuestros lectores que la fuerza que ligeramente acabamos de describir y a la que, con tanta libertad le calificamos de sentido, es el ins-

tinto que sugiere la previsión, el cálculo y la astucia en la realización de los actos; el que reemplaza beneficiosamente la impulsividad tirante, sanguinaria y torpe con un cálculo sereno y reposado.

Podemos afirmar que ésta es la primera civilización en cuanto los individuos sabían escoger los medios necesarios para el predominio de su yo en la lucha por la vida, y ya también porque estos al agruparse, no lo hacían por uniones esporádicas y fugaces, sino por comprensión de un vínculo racional y efectivo.

Esta fuerza vinculativa provoca una práctica de hechos más o menos acertados que, por su frecuencia, afirmaban un positivo adelanto y una mejor aptitud cerebral, aptitud que más tarde, por la conformación superior que logra con el tiempo el cerebro del hombre, adquiere relieves precisos de un claro perfil distintivo. Es el momento en que el instinto cede su lugar a la conciencia reflexiva.

La escuela biológica encuentra proyectada la vida animal, en la sociedad y construye su gran organismo. Sujeta su desarrollo evolutivo y su formación, tomando en cuenta la influencia del ambiente, el clima, la configuración del suelo, alimentación, abrigo, etc., que recoge de las escuelas cósmicas, y explica la escala sucesiva de su existencia y de sus fenómenos por la selección, la adaptación y la herencia.

La cultura, concebida en atención a tales principios, no sería entonces sino un alto exponente funcional que se relaciona con la capacidad más o menos perfecta que puede adoptar el organismo social.

Como se ve, la cultura se halla en relación directa con el cumplimiento de las necesidades que exige la sociedad y la conciencia de ésta, radica principalmente en el modo de llegar a tal fin. La cultura, así comprendida es exacta ya porque el cumplimiento de una necesidad es más bien obra civilizadora y la civilización no es siempre cultura, pues, como dijimos antes, la civilización no es sino una aptitud funcional dirigida con éxito en tal o cual sentido y para éste o aquel tiempo mientras que la cultura exige un máximo de capacidad intelectual que le ponga en situación de tomarla y hacerla suya. Los hombres y las sociedades pueden tener civilización; pero no podemos concluir por ello que tengan cultura. Hay mucha distancia entre los dos conceptos.

Se nos dirá, que el cumplimiento de la necesidad artística, pongamos por caso, es un objeto de cultura llenada?... No es cierto. Será civilización ya por los medios que presta la sociedad para llegar a ese fin y ya porque satisface una necesidad determinada cuyo valor depende del beneficio que reporta. La cultura, en cambio, surge de una concepción superior y delicada; es la obra diáfana y purísima de un espíritu bello y elevado cuyo valor depende de sí misma en cuanto es y representa. La civilización desaparece... la cultura persiste a través de los siglos y señala la ruta que han seguido los pueblos; tienen su radio de acción intenso e inmediato dentro de éstos e influye directamente en su adelanto.

La civilización refleja la cultura porque aquella responde, en algún modo, a los principios básicos sentados por ésta.

Pero volvamos al estudio de las conclusiones de la escuela biológica.

El hombre, vertebrado superior, está sujeto como todo ser vivo a estos cuatro estados: nacer, desarrollar, reproducirse y morir. Durante ellos soporta y combate su organismo contra varios elementos que influyen en su vida.

Satisface sus necesidades ya nutritivas, ya sensitivas y ya cerebrales, y siempre en todas, cuenta con los medios útiles que le permitan no interrumpir las funciones que corresponden a tales necesidades.

Como se comprende, el organismo normal del hombre es el centro único en el que se hallan repartidas las funciones correspondientes a tales necesidades, existiendo, además, una verdadera relación entre unas y otras. El límite de separación entre ellas aparece claro, perfilándose superior la influencia de las cerebrales que les controla, esto sin perjuicio de tener cada órgano, considerado individualmente su propia virtualidad que sirve a su sistema vital. La diferencia de una a otra estriba en la mayor o menor complejidad de su constitución y efectos. Así, mientras en los sistemas circulatorio, digestivo y respiratorio se producen la asimilación y desasimilación de los materiales transportados, fenómenos físicos y químicos, en el sistema nervioso-cerebral, reside la función gubernativa y dinámica, es el sitio de la vida psicológica, de los hechos de conciencia, y a él se refiere la ciencia en lugar del elemento abstracto, el alma, al que han recurrido filósofos y metafísicos. Bergson ha llamado en sus investigacio-

nes psicológicas al principio generador de la conciencia, el *elan vital*.

Consignadas así y deslindadas las consideraciones biológicas de las psíquicas, entremos a considerar separadamente las conclusiones de orden sociológico a que podemos llamar. Por supuesto que esta abstracción con que las individualizamos es sólo una manera de facilitar nuestro análisis, sin creer por esto que se destruya su contigüidad complementaria, pues como bien dice Letourneau, la necesidad es una tendencia orgánica sentida, un acto fisiológico del que se *tiene conciencia*, y, continúa, su aciento psicológico es el de todos los fenómenos de conciencia, los centros nerviosos-cefálicos. El niño nacido acéfalo no siente el contacto del aire, ni la necesidad de respirar. El polio, al cual Plourens amputa los hemisferios cerebrales no siente el aguijón de la necesidad, y a su vez, las más nobles facultades del hombre, aquellas que forman su orgullo y poderío, las que le consagran rey de la naturaleza viviente, están humildemente sometidas a las groseras necesidades que nos asimila al bruto, y que, si bien, algunas veces, arrastrado por la embriaguez del pensamiento, olvida aquellas las necesidades nutritivas, es solamente por cortos momentos, y aún nunca sin perjuicio de aquellas mismas facultades, cuyo ejercicio exalta y cautiva por completo su atención.

Y si ahora hemos delimitado las funciones siguiendo igual criterio de la escuela biológica es con el objeto de coincidir con ella en cuanto al estudio y a las aplicaciones que aproximadamente podamos intentar a las cuestiones sociales. Y sea esta consideración para entrar en materia.

Hay ciertos fenómenos que se producen intermitentes, y continuos en la sociedad que coinciden, ya por la actividad que desarrollan, ya por su origen causal y por sus efectos con los que tienen su asiento en la vida orgánico-animal.

El nacimiento y la muerte; la inmigración y la emigración (externa o interna o internacional y local); epidemias, guerras, cataclismos, enfermedades que se relacionan con la higiene de las poblaciones, en lo demográfico, en su fluir y refluir numérico que aumenta o disminuye los individuos de una sociedad, puede compararse por la riqueza o empobrecimiento que traen como consecuencia para el adelanto efectivo de tal sociedad. Las fluctuaciones o altas y bajas que son de la naturaleza de este fenómeno tiene una inmensa reper-

cución en el organismo social por las innumerables consecuencias que trae consigo. El pensamiento, en tales casos, trabaja incesantemente para encontrar los remedios con que se puedan cortar o aminorar la intensidad de semejantes efectos, ya que ellos, se relacionan directamente con el aumento o pérdida de población... con la renovación alimenticia que exige el ser para mantener normal su vida evitando la falta o abundancia excesiva provocadoras de trastornos biológicos.

El individuo sufre, como ya dijimos antes, la influencia del medio ambiente, clima, suelo, etc. que hacen modificar la manera de producirse, que se traduce en la defensa empleada contra las inclemencias de la naturaleza, y que, por una repetición constante e innovada entre generación y generación (la herencia) se concentra en hábitos de mejor aptitud educativa, y he aquí confirmada la razón imperativa de la herencia, mediante la cual, no sólo se transmiten los rasgos físicos y biológicos de la especie, sino que ahijados por la selección y la adaptación se reproducen las aptitudes y calidades de orden psíquico. La herencia labora en silencio la evolución de las especies y deposita en cada conciencia un valor más que aumente y haga notorio su potencia.

Ella nos sugiere, además, la posibilidad de existencia de las razas y el predominio que puede ejercer una de ellas sobre las otras, problema éste que ha sido muy discutido, alcanzando una importancia tal que ha causado honda resonancia entre las doctrinas sociológicas.

Volvamos al factor demográfico y tomando en cuenta la mortalidad y natalidad notemos su valor social.

Un pueblo, conforme mayor es el aumento de su natalidad, tiene también mayores perspectivas para el porvenir, y, para el caso de amenguarse subiendo el número de su mortalidad, conforme a los cálculos estadísticos, puede provocar o su estabilidad o su pronto crecimiento.

El desarrollo de población produce abundancia de trabajo, enriquecimiento de los valores y mayor circulación; un verdadero rendimiento de energías, pudiéndose asemejar a una perfecta nutrición que amínora el enervamiento, dando en cambio un vigoroso impulso a las fuerzas.

Todas las naciones, justamente considerando el alcance que tiene este fenómeno, dedican preferente atención a solucionarlo y se anticipan muchas veces, mediante el empleo de reglas metódicas o de remedios que hallen la manera de con-

tener o disminuir la corriente de su influjo, contando además, con oficinas o institutos especiales que se encargan de vigilar su constante y turbulento desarrollo noticiando a tiempo su peligroso desbordamiento.

Y la población debe surgir y surgir en su número sin quebrantarse por la impresión bastante dura que puede producir en su ánimo la diabólica hipótesis de Malthus de la terminación del mundo por falta de tierras que, esterilizadas sus entrañas por el constante producir, no den lo necesario para la vida.

Y ahora que hacemos tal referencia, comentemos, de paso: La doctrina de Malthus tiene su fundamento racional, científico?..... La observación aplicada que verifica entre población y producción alimenticia relacionadas en progresiones aritmética y geométrica, respectivamente, es bastante aventurada y nada le autoriza para pronunciarse así respecto del futuro de la humanidad, a no ser su exaltada imaginación.

El mundo no es de hoy ni de ayer y en ningún caso podemos pretender circunscribirlo a radios de acción que están sujetos a un estrecho límite; enorme es su amplitud y nada impedirá la marcha de su ser, fuera de un trastorno de origen planetario —.

Otro aspecto de la población es el relacionado con el de los inmigrantes y emigrantes, problema de igual valor social que el anterior y así mismo fecundo en consecuencias. Todos los Estados estudian su sintomatología y legislan sobre su positivo aprovechamiento a la manera de impedir sus perjuicios.

Relacionado con este problema está también el referente a la colonización (corte moderno) o sea la científica utilización de tierras y brazos para la extensión de las riquezas de un pueblo. Que ésta haya o no dado los resultados apetecibles es cuestión diferente, cuya resolución toca principalmente a los países que han invertido ingentes capitales para tal finalidad. Podemos mencionar entre ellos a Inglaterra, Estados Unidos y Francia. Sobre los diferentes sistemas empleados y para cuyo establecimiento y desarrollo, se ha tomado el consejo de sapientes personalidades, cabe decir que han sufrido fuertes críticas, sobre todo, relacionadas con el último país, Francia, de cuyo plan que ha constituido una verdadera preocupación política de sus gobernantes, se ha

ocupado largamente Gustavo Le Bon en su obra «La Psicología política y la Defensa Social» de relevantes méritos.

Tanto la inmigración y emigración como la colonización son verdaderas formas de nutrición de las ciudades que no se producen tan sólo fuera del territorio de los Estados, sino también, con igual efectividad para el objeto que estudiamos, en el interior de cada uno o sea dentro de sus varias localidades.

Analícemos la que se refiere a éstas últimas en una nación, y preferentemente lo hagamos en el Ecuador.

Existe una verdadera y angustiosa despoblación de los campos. El trabajo de agricultura, fatigante y duro, que exige especial contracción, no se halla servido sino por un reducido porcentaje de individuos en su mayoría indios, por no decir todos.

El indio en su abyecta esclavitud, soporta con dolorosa y muda rebeldía su pesado cometido; con torpe etoicismo quebranta la natural violencia de su espíritu, y cumple con todas las faenas de la tierra a la que se halla vinculado. A él puede aplicársele perfectamente esta frase de Ratzel. «El hombre es un pedazo de la tierra; la humanidad es un detalle geográfico, es una parte del globo»; y esta otra más expresiva de Ihering, «El lugar que un determinado pueblo ocupa en la superficie terrestre define fatalmente su suerte feliz o desgraciada, porque la geografía puede considerarse como la historia trazada de antemano, y la historia la geografía en acción», que es un acierto respecto al acontecimiento de la conquista del inca ecuatoriano, y a los siguientes periodos que no hacen sino seguir confirmando, hasta la presente fecha, la máxima capitis diminutio que sufre dolorosamente el individuo que distingue a su clase conocida vulgarmente con el de *naturales*.

El hombre de color de nuestras serranías y el que vive en la costa (montuvío), labra, cultiva y cosecha los frutos con igual actitud tradicional que heredó de sus padres y por nada le interesa el conocimiento del abono que beneficia la tierra y la devuelve los elementos a ella prestados.

El «chagra» ocupa un puesto más alto en la escala de estos humildes y virtuosos servidores del campo; y es el mismo también que estimula, entre otras circunstancias, la despoblación a que antes hemos aludido.

Sin comprender el beneficio y brillantez de su misión y entregándose de lleno más bien a las sugestivas pláticas del cura y el maestro de escuela; a la contemplación envidiosa que hace del señorito de su patrón, concibe planes de ruidosa aplicación triunfal; remienda en su magín cuanta idea de apogeo loco y de situación magnífica y estéril, puede presentársele. Comprende la felicidad a su modo y he allí la ruína de sí mismo, su familia y su pequeño patrimonio. No entra de por medio la educación y barniza su personalidad y la de todos de una aparente simulación sui-générís que justifique sus arranques originales y defienda su posesión frente a los demás. Con ello cree asegurar su porvenir conquistando la ilusoria distinción que mina terriblemente sus sueños pacíficos y sencillos. Absorbido por tan tribiales pensamientos descuida su verdadera finalidad y se agota en el enervamiento contemplativo e inútil. Sus hijos adquieren un aire enfermizo y anormal que no corresponde en manera alguna a la importancia de la que se hallan revestidos los hombres de trabajo y acción.

Violadas así las energías y menguados a la tierra tantos brazos, las ciudades reciben en su seno a estos individuos emigrados del campo que no traen consigo sino el deseo de matar su ardiente curiosidad sensiblera y acomodar su ocio en algún puesto, de los tantos que tiene el Estado en su misión de Benifecencia.

ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Hay muchos que tratan de procurar a sus papás un placer, satisfaciendo su tendencia rigurosa hacia la conquista de una prebenda, un Título, o más, fácilmente, la tonsura o la casaca de botones amarillos que son los empleos más desahogados y socorridos. ¿Pero cómo?..... la prebenda, la tonsura y la casaca no son difíciles de obtener; pero por lo que hace al Título, la cuestión es muy seria. No llegan a obtenerlo nunca aquellos que subrepticamente se mantienen entre las aulas y las calles, a fuerza de habilidosos engaños por tiempos inmemoriales, hasta que la suerte, producida por un accidente casual pone término a tan irónica y ridícula farsa.

Tanto los tres primeros como este último forman parte, cada uno, de una clase especial parasitaria que se confunde en el super-organismo social.

Por lo que se refiere a los últimos, vuelven o no al campo?..... En uno y otro caso, como ya tenemos dicho, son parásitos. Si vuelven, son más perjudiciales, por cuanto, recargados de palabrería insubstancial y peor aprendida albo-

rotan la vida monótona y la donosa sencillez del campo; maldicen el trabajo y pregonan la igualdad por el principio de destrucción de todo poder y autoridad, poniendo así una nota negra en la frente impóluta del honrado campesino y del virtuoso labriego.

Si se deciden por la ciudad, a más de restar fuerzas a la actividad social, constituyen un gasto inútil si no son un peligro inmediato, y en este caso una preocupación que motiva una necesaria función tutelar.

Otra causa de emigración de los campos es la del pago irrisorio de los jornales, a la que debe añadirse el trato tiránico e inflexible de patronos y mayoriales. La explotación inicua, además, hace presa en las miserables economías del indio, ya en forma de fiestas religiosas con las «jochas»; ya en forma de anticipos, pérdidas o robos; ya en forma de raciones, deudas de gastos por enfermedad, entierro, etc.

El indio, entonces, no sin llorar penosamente el abandono de la tierra de sus mayores, recoge sus humildes y parcos menesteres, y a campo traviesa se dirige en busca de mejores horizontes. ¿A donde va?..... La ciudad necesita hombres para la construcción de sus edificios; para sus obras públicas, y para tantos otros campos de acción. En ella se establece y cumple la finalidad de su vida bajo un nuevo disfraz. Obtiene garantías?..... Indudablemente: mejor jornal; protección de su vida y la de su familia; cumplimiento de las ocho horas de trabajo etc.

Otra forma de emigración, aunque no lo sea exactamente, por lo espontánea y necesaria, es la que presenta la venida de comerciantes y productores a las ferias y mercados de la ciudad, comerciantes y productores que, por el hábito y costumbres adquiridos, informan una clase especial de individuos que aunque tengan o no domicilio fijo, son sin embargo siempre transeuntos. Tan pronto están en una parte como en otra, en busca del más apreciado negocio o avizorando con mirada penetrante y calculadora el sitio más rico para sus operaciones mercantiles.

En estas formas de emigración local que acabamos de ver, encontramos uno de los motivos esenciales que toca al aumento de población de una localidad (la ciudad) con detrimento de otra (el campo), y que puede ser, además, índice sugeridor de las consecuencias que puede tomar aquello en la variación fenoménica de la realidad social.

Así, las primeras que caracterizamos producen como consecuencia una falta de diversa extensión, ya se considere el empleo económico, proteccional o integral de funciones, o ya hagamos referencia a lo moral, político, industrial, jurídico, etc., pues a todos y cada uno de estos órdenes puede interesar, con mayor y menor gravedad. En todo caso, un tipo semejante es un desbeneficio y como tal, un obstáculo que debe suprimir o modelar la sociedad para un servicio útil.

Los demás, ya que nuestro estudio se refería al fenómeno demográfico, nos interesan tanto como los anteriores sólo en su manifestación como fuerzas aprovechables por una sociedad, que se nutre al igual en un ente biológico para su progresivo desarrollo.

Y ya verificando una positiva aplicación de tales formas de ser, diremos: que, con los primeros, la sociedad sufre un debilitamiento porque el contingente de fuerzas que concurren a ella son negativas, pues no sirven ni son útiles en ninguna situación; no producen nada y antes bien entran a consumir sus economías; los últimos, son una verdadera alimentación. Las fuerzas que aquilatan el ímpetu de su corriente activa y profunda son positivas, pues entran a renovar y enriquecer la sinergia social.

Tócanos estudiar ahora la emigración e inmigración que de hecho se establece entre diferentes países.

La índole del fenómeno, en su esencia, es la misma: salida de individuos de un país y entrada a éste de otros provenientes de éste o aquellos países.

Cuál de éstos, a pesar de su aparente sencillez en la manera de producirse influye más directamente en la vida de la sociedad?... Uno y otro se hallan dependientes de varias circunstancias y hechos.

Consideremos varios aspectos que pueden presentarse conforme a estas cuatro únicas y especiales situaciones:

Una sociedad pobre y con pequeña población.

Una sociedad rica y con pequeña población.

Una sociedad rica y con abundante población.

Una sociedad pobre y con abundante población.

La primera. Supone ausencia absoluta de otros medios de vida y de nuevas riquezas que explotar. Está vegetando raquítica y leñosa en un ambiente inamovible. No le preocu-

na nada porque no hay saldos en contra. Indiferentismo y hastío son sus predicados. Los medios de subsistencia y los consumidores están equilibrados perfectamente. Al sufrir un cambio en su índice demográfico no preveerá esta sociedad la manera de evitar la anormalidad de dicho cambio?... La emigración es un peligro inminente: resta producción y aumenta el consumo. Parece paradógico; pero es la verdad. El organismo animal se manifiesta en el mismo sentido. Frente a una cantidad igual y limitada de alimentos entre los que puede escoger, al quitarle algunos, consume los demás que, por su potencia nutritiva no son iguales a los quitados.

El pueblo entonces nota un vacío que llenar, y estimula una trayectoria ascendente en su dinamismo vital.

Su faz de quietismo aparente trócase en una movilidad agitada, casi angustiosa; de un semblante anémico, falto de sangre, que persigue mayor riqueza constitutiva para su corriente sanguínea.

La inmigración coloca como base principal de su defensa y a ella recurre con harta esperanza. La fomenta, entonces, atinadamente, y aunque su presupuesto se muestre exiguo ante la situación de dubitable expectativa, crea una especial forma de desarrollo productivo, tal vez eventual que pulsa más las energías, pero que llena la carencia de otros medios propios o exclusivos de riqueza.

Bien se ve, esto sí, que tal forma interpretativa coincide con nuestro plan de razonamiento conforme al estudio que hacemos, pues, en todo momento, un Estado realiza y ensaya muchísimos proyectos y planes de acción de inmejorables resultados para la consecución del fin que, con el problema demográfico, se relaciona. Además, nuestro supuesto es abstracto, ya que en la realidad, salvo casos excepcionales no se presenta tal circunstancia.

Vamos al segundo: en esta vez, muy al contrario del anterior, los hechos son efectivos y entrañan más generalidad. Existen muchísimos pueblos que representan un caudal enorme de riqueza: la Naturaleza, juntamente con otros factores, se muestra muy pródiga y abundante. Dilatados bosques y praderas vírgenes; montañas de vegetación lujuriente y primorosa; una pesca soberbia e infinita; extensos y profundos yacimientos auríferos, argento y otros metales; minas de petróleo, mármol, cock, lignito, de incalculable valor; aunándose

a esto, una fauna y flora de rendimiento excepcional y admirable.

Un pueblo así, exige la multiplicación del trabajo; el empleo intenso y decidido de un torrente de energías capaces de aprovechar íntegramente tal cantidad de riqueza.

El Ecuador, es una nación que corresponde a la apreciación privilegiada que débilmente acabamos de delinear, y en ella pesa este grave problema de población que, de solucionarse, decidirá su propia virtualidad.

Con más fervor que nunca se ha propuesto, en efecto, intensificar la inmigración, facilitándola y favoreciéndola en todo sentido como no lo hace ningún otro país.

Ha dedicado una parte de su presupuesto para la edificación de las Colonias Extranjeras, estimulando eficazmente su estabilidad y su fecundo adelanto.

Indudablemente que éstas predicen un porvenir satisfactorio y halagador, dada la situación en que se hallan y los medios con que cuentan.

Este segundo supuesto que acabamos de considerar, relativamente al Ecuador, preséntase como tenaz interrogante a todas las naciones que tienen igual preocupación de mejoramiento y máximo aprovechamiento de sus caudales inexplorados.

Cada uno de ellos aborda inteligentemente el difícil problema y reglamenta y crea sistemas de práctica solución. Y es que en ello está su porvenir; el futuro que se dibuja esquivo y variable que decidirá su suerte en el concierto de los pueblos.

Bien sabemos que a una floreciente población se aúnan civilización, mejoramiento de costumbres, apreciación verdadera de los valores individuales, educación y trabajo, y sobre todo, *cultura* en todo orden de cosas.

Esto sí consideramos en el aspecto interno, pues, por lo que hace al externo, con referencia a los demás estados del Orbe, los factores son ciertos y mayores, ya se tome en cuenta lo político y económico-financiero e industrial; ya también, en lo jurídico, científico y ético, en cuanto un país bien organizado y fuerte puede constituir su alta jerarquía intelectual y su contingente dotado de un superior dinamismo, capaces de inclinar y decidir en su favor el valor de sus relaciones internacionales.

Terminemos nuestro análisis con las dos últimas proposiciones: Una sociedad rica con una abundante población, la una y una sociedad pobre con una abundante población, la otra.

A la primera corresponden países que se hallan en una época próspera y feliz: Estados Unidos, la Argentina, en América; Francia, Inglaterra, Alemania, Bélgica, Italia en Europa; el Japón en el Asia, representan la fuerza y la potencia productiva.

La población corresponde proporcionalmente a la posible riqueza que puede contener el suelo en que viven, y el consumo no sólo se efectúa dentro de aquella, sino que sale hacia afuera, en distintas direcciones, hacia campos extranjeros. Podemos decir que la población extiende el dominio de su trabajo y el valor intrínseco que lleva consigo, fuera del territorio en que ha desenvuelto su acción; acción que, por esta su inmanente y arrolladora propulsión, se divide, acentuándose cada vez más: es una actividad múltiple de cuyo centro emanan radios luminosos de una inmensa y fecunda trayectoria.

Además de esta vigorosa conformación, se desprende el por qué de su extensión territorial hacia otros suelos: la Conquista y la Colonia. Por la primera aumentando el caudal de su riqueza y de sus elementos primordiales; por la segunda, asegurando el crecimiento de su población y el mantenimiento incólume de su raza.

—La civilización encuentra su verdadero asiento y hacia ella emerge el sentido perfeccionador de un pueblo—.

El carácter, modalidad de la voluntad, es el signo distintivo que coloca a los individuos frente a las exigencias vigorosas de una sociedad sólidamente estructurada, en la que, la Cultura manifiéstase penetrando hondamente en las conciencias, influyendo, más bien dicho, para despertar en ellas la comprensión exacta de su sentido que les conduce a la perfección. La forma que acabamos de enunciar se acomoda perfectamente al modo de ser que alcanza la sociedad cuando ésta reúne los dos elementos de riqueza y población.

Ahora, las reglas que adopta en lo que al problema de inmigrantes se relaciona, son rigurosas y de un delicado mecanismo. En Estados Unidos, por ejemplo, nación que más atiende a tal estado de cosas, sin contar con el cuidado escrupuloso que observa en todo lo que interesa a la higiene y enfermedades, —también practican otros países por los in-

minentes peligros que su descuido o imprevisión acarreen— impone un crecido número de condiciones a los extranjeros que golpean a sus puertas.

Entre estas condiciones están, las de su capacidad para tal empleo o trabajo que implique producción; la de llevar consigo cada inmigrante, con certificados y referencias, un pequeño capital que le sirva para establecerse en los primeros días y pueda pagar los impuestos. El turismo es, por lo tanto, una fuente de rendimientos.

Otros países tienen otras o talvez iguales medidas, muy justificables desde luego, ya que, en esta vez, adoptan un plan de defensa contra la mala inmigración, evitándose los inadaptados y vagos que, a más de consumir parasitariamente, provocan los disturbios y delitos sociales, convirtiendo así al Estado, en un verdadero tutor que trata de pulir sus incorrecciones.

La emigración, asimismo, es un fenómeno normal que equilibra sin perjudicar el movimiento demográfico, la estabilidad cuantitativa y necesaria de la población. La colonización, por ejemplo, es una corriente emigratoria que le beneficia: la población no se pierde por el hecho de salir de su suelo, sino tan sólo sufre un cambio para un nuevo establecimiento, y conserva sus hábitos, costumbres e idioma, religión y leyes. No es sino una forma de riqueza de la que antes ya nos ocupamos.

Esta forma pacífica y espontánea, podemos decir, de la emigración, no se presenta con iguales caracteres en las sociedades de nuestro último considerando, pues, en éstas se manifiesta como un caso necesario y exigente. Hay un exceso de población que no se sabe donde colocarla, pues todo está ocupado; el número es asfixiante y la situación desesperada y angustiosa.

El límite de consumo sobrepasa al de producción y no existen medios naturales que puedan explotarse con éxito. La riqueza se termina de tal modo que, a pesar de una máxima producción, siempre queda un saldo que se arrastra sumándose a otro y otros en una continuidad espantable que conduce a la agonía y a la muerte.

Emigrar y emigrar! Es uno de los medios de desahogo del que echa mano la sociedad para salvarse. La fomenta y estimula en varios sentidos. Consulta el deseo y

la necesidad de otros países para la apertura de Colonias extranjeras y su inmediata aceptación.

La inmigración, a su vez, es rigurosamente reglamentada, mostrándose nuevamente, el caso de una práctica comprensión defensiva. La actitud es de equilibrio y de restablecimiento de fuerzas y de valores.

En este estado, podemos observar también, una actividad ligera y pronunciada que corresponde a una fuerte opresión; a un ligamiento estrecho y molesto: hay una corriente de desahogo e incertidumbre; un achaque, un malestar que poco a poco mina las facultades y lleva al atolondramiento y la consunción.

Una sociedad así emplea todo medio para el cambio de su suerte.

Resumiendo ahora todo lo que referente a emigración e inmigración, hemos dicho, relacionado con lo demográfico, podemos afirmar las siguientes conclusiones:

1ª. Que este fenómeno, por la fluctuación mecánica que presenta, es comparable a la nutrición que se opera en el organismo animal: uno y otro alimentan.

2ª. Que todas las sociedades, bajo los supuestos planteados, necesitan imperiosamente de la base de población para su marcha evolutiva, sea estimulando su aumento en las que no tienen, condicionando o defendiéndose, al menos, en las que tienen suficiente; o radicalmente desprendiéndose, en actitud de defensa, de las que tienen en exceso.

3ª. Que la población se muestra variable en cuanto a la existencia de riqueza, ya en su cantidad como en su calidad.

4ª. Que ésta interesa (población) al desarrollo y perfección del individuo en cuanto es elemento de producción (trabajo) que influencia por tal circunstancia en lo financiero, económico e industrial.

5ª. Que es el elemento primordial en cuanto a la colonización se refiere; y,

6ª. Que corresponde al progreso de las instituciones culturales, y por ende, al fortalecimiento de las relaciones internacionales.

Ahora bien, supuestos los antecedentes de población y riqueza, los Estados protegen y guardan a la primera en beneficio directo de la segunda.

Qué medios emplea? A qué recurre para conseguirlo, evitando su disminución o su aniquilamiento?..... Una población puede ser atacada por innúmeros fenómenos de diversa naturaleza cada uno, y, por lo mismo, requiérese emplear diversa clase de remedios también. Sin embargo, no sería dable creer que una sociedad evita el fenómeno cuando éste se manifiesta decisivo y peligroso, pues, en este improbable caso, tal medida de la que haría uso sería insuficiente dada la calidad de la cuestión puesta a resolver y las consecuencias de varia índole que de ella se desprende.

Por lo mismo, lo dable y que en realidad se efectúa, son la previsión para todo evento; previsión de suma elasticidad que tan pronto puede satisfacer tal o cual exigencia o llenar ésta u otra necesidad.

Lo aspirable es que esta previsión, por la inteligencia con que va dirigida y por la forma técnica que debe revestir, reúna siempre los requisitos indispensables que ha menester frente a un momento y a una situación dados.

Según esto, la creación de Organismos e Instituciones oportunas de función rápida y adecuada, acondicionadas de tal manera que posean una magnífica virtud de eficiencia, es un imperativo de la sociedad.

Apliquemos prácticamente esta norma de conducta y tratemos de verla cumplida en diversos órdenes.

La niñez, principio fundamental de las sociedades, ya consideremos el vínculo novísimo que entra a fortalecer la relación de éstas, o ya el término comparativo-diferencial entre el germen renovado y el pétreo de la muerte, es un motivo de tan vital importancia que urge su cuidado inmediato.

La civilización en su lenta y pausada acción constructiva, ha dejado en cada época un precioso sedimento en las almas de amor profundo a la niñez.

La Estadística, o sea el álgebra de los sucesos, como bien define Eleutherópulos, observa con fina y delicada atención el índice de su natalidad, siendo esta ciencia, juntamente con

la historia. como acertadamente expresa Asturaro, los ojos de la Sociología.

La ciencia médica, con intenso cariño, estudia su formación física y su constitución orgánica; sus anormalidades y las causas de su raquitismo, debilidad, afecciones y enfermedades. Proyecta y dispone tratamientos curativos y sobre todo previene el desarrollo de todo germen maléfico y perjudicial por medio de la higiene ampliamente considerada.

La Antropología y la Psicología estudian su vida. Aprisionan los casos patológicos que desvirtúan la caracterización del ser en sus pasiones, voliciones e ideas, y contemplan el empleo de un sistema adecuado y racional de pulimiento y educación. Previenen también una higiene singular.

La Pedagogía y la Educación Estética Especial, completan la formación del ente que más tarde será uno de los elementos activísimos del gran superorganismo social.

He aquí brevemente diseñado el cuadro comprensivo de las varias medidas defensivas de la niñez.

Cuando la mortalidad infantil vence al número de los nacimientos, algo grave sucede. Existe una desnivelación de fatales consecuencias; cabe presumirse entonces, que esto se deba a una epidemia terrible y asoladora, y si localizada, el mal es cierto, es necesario cortarlo de raíz. Cómo?..... Ya por medio de la vacunación rigurosa que penetre en los hogares; ya por la higiene metodizada cuyas maneras de practicarla esté contenida en carteles y hojas volantes con gráficos que alcancen una extensa y aprovechable popularidad; ya las conferencias médicas y reparto de recetarios gratuitos a las madres de familia en la mayor cantidad posible; ya la inspección frecuente a la zona amagada y la hospitalización de los enfermos para evitar la propagación del mal.

Es una necesidad imperiosa la existencia de hospitales para niños.

Cuando no es una epidemia, aunque no se presente tan alarmante, la mortalidad como en el anterior caso, existen otras causas que provocan una depresión en el desarrollo de la niñez.

Tenemos la pobreza y la miseria en circunstancias tales que la madre no puede combatirlas. Esta trabaja para el sustento diario de ella y sus hijos. Ora acarrea a sus espaldas y algunas veces con el niño al pecho, en interminables jornadas, ladrillos, adobes, piedras, arena, o es la inseparable

ayudante de los albañiles en la construcción de los edificios; ya también, fatiga y acaba sus miembros en las fábricas, mercados, o en las casas en que son sirvientas asalariadas, mientras sus hijos aislados y hambrientos destrozan su vida en lágrimas atisbando la caída de un mendrugo de pan endurecido, o tiemblan, aterrados de frío, medrosos y acurrucados, entre inmundos y sucios trapos y el suelo negro y húmedo.

Estos niños que el destino los depara tan triste y miserable suerte, no resisten mucho tiempo el empuje brutal de la agonía, y si así lo hacen, son los casos patológicos del mañana. Débiles, contrahechos, idiotas; con el instinto y los sentimientos relajados por el olvido y el descuido, presentan la faz repugnante de los no elegidos e inadaptados que ambulan, más tarde, por las calles, consumiendo torpemente su vida y sin más finalidad u horizonte que el dolor, la angustia, la humillante desigualdad que los aísla de todos.

Qué debe hacer la sociedad? He aquí el beneficio de ciertas Instituciones de protección social que alivien a la madre y salven la vida de sus hijos: la Casa Cuna, la Gota de Leche, la Casa de Corrección de menores; Escuelas de Educación y de Artes y Oficios; de Obras Manuales; de Restablecimiento de anormales; etc.. son las llamadas a cumplir con preciosa finalidad la guarda y cuidado de la niñez desvalida.

Hay además otro vicio social relativo a la niñez que no se le toma en cuenta ni se lo impide o previene, aunque esto último esté consignado aún en la ley, que no es raro por cierto, pues tantas cosas y casos están contemplados por ella, sin que por esto obste para que se efectúen y la Policía o la acción social no la impidan.

Me refiero al parto prematuro natural ocasionado por el excesivo trabajo o la extrema falta de alimentación, y al parto prematuro provocado, último éste que encarna un delito castigado por la Ley, y que, sin embargo, se produce con más frecuencia que el primero.

En cuanto al natural es fácil remediarlo habiendo decidida y buena voluntad por parte de las autoridades gubernamentales o el altruismo humanitario, para ayudar en todo sentido, de manera holgada y cierta, a las madres que en tales condiciones se encuentran.

Por lo que hace al segundo, creemos más difícil la manera de reprimirlo, no por los medios, pues éstos serían muchos, sino por la ignorancia e incertidumbre que se tiene para

localizar el mal donde se encuentra, y además, porque de hacerlo público motivaría un verdadero escándalo social, en que se derrumbarían virtudes, honores y familias, dada la magnitud de la infracción. Y este vicio es de innumerables consecuencias como se puede deducir, si se toma en cuenta la madre y el cercenamiento voluntario y criminal de la vida en gestación del ser que lleva en sus entrañas.

Una no despreciable disminución del porcentaje de nacimientos tiene por causa este vicio, debiéndose saber que éste corresponde o se efectúa también dentro del estado matrimonial que, por la dignidad de que se halla revestido ni siquiera debería pensarse que tal cosa sucede; pero que dolorosamente tenemos que afirmarlo.

Conceptuamos que hay un desviado criterio, probablemente, respecto al número de hijos que debe tener cada matrimonio, relacionando su existencia por el caudal económico del que se puede disponer para su manutención y cuidado, y del óbice que puede constituir para el cumplimiento de una serie de atenciones sociales que, por lo mismo, pueden dificultarse o disminuirse dando lugar a una falta imperdonable cuyo valor se lo pospone al del nuevo ser que puede venir.

Además, el deseo de perpetuar la belleza de las líneas y el de no incurrir — según dicen — en el aplebeyizamiento por el aumento peligroso de la descendencia, son razones que también aducen para justificar la errónea estabilidad procreativa de los matrimonios en contra de una ley natural y muy humana.

Sea en la forma que se tome o las reflexiones que se forjen, la falta es enorme, constituyendo una infracción que merece sancionarla rigurosamente.

Por otra parte, hay en ello, una relajación moral tan intensa, que hace comprender una educación torcida y repugnante, inferior en todo sentido a la cultura que se puede vivir en tal momento.

La reprensión y prohibición en este estado son difíciles si no imposibles, ya que para ello se necesitaría penetrar en algo muy íntimo dentro de las familias. Toda interrogación e investigación serían nulas y si cabe hasta risibles, por una parte, produciéndose por otra, como ya nos anticipamos en decirlo, una alarma social de honda repercusión que es ne-

cesario evitarla, para no ofender a la moralidad y decencia públicas que deben ser respetadas en toda circunstancia.

Lo único que cabría talvez, serían las medidas indirectas y generales que tiendan a alejar de las prácticas falsas y de engaño continuo, procurando estimular en cada sentimiento, en cada conciencia, la comprensión de que el camino seguido es malsano e inmoral, condenado por los principios médicos y por las normas sociales.

Sería necesario también desvirtuar tan estrecho concepto que se tiene del hogar, exaltándolo juntamente con el nombre precioso e inmaculado de madre, tan propicio a desenvolver las cualidades nobles y perfectamente superiores del matrimonio, el mismo que sin este requisito indispensable y sustancial, se pierde y se quiebra ruidosamente.

Evidentemente, ésta sería una causa principal que sumada a otras son la verdadera desgracia de las familias, siendo necesario pensar, en este caso, en la anulación completa de este vínculo contractual, ya no por el divorcio solamente al que hemos llegado con felicidad en nuestras conquistas liberales robustecidas por los hechos reales, sino en la inexistencia misma de aquel, confiriendo al Estado la función de protección y guarda de toda aquella descendencia que hoy le niegan sus padres hasta su derecho de vivir.

Por lo que hace a los partos normales, éstos exigen una mayor preocupación profesional que se merecen las madres que están en el período de curación o que pronto van a serlo. En tales circunstancias sería bueno y utilísimo un control más estricto y constante y en lo referente a la revisión de títulos auténticos que constaten la verdadera capacidad y preparación técnicas que requiere una inteligente y completa asistencia, en la que se exija además, a cada profesional, lleve una estadística formal y detallada de las pacientes que atiende, a fin de fijar una tabla comparativa de índices natal y de matrimonios, juntamente con el movimiento profesional tan necesario en estos casos; ya verificando visitas sorpresivas y momentáneas a tantos empíricos y otras tantas obstetrices ad hoc que realizan curaciones clandestinas y torpes y negocian bárbaramente con la ignorancia, la simpleza, el temor o la angustia de las víctimas que caen en sus manos y que creen ahorrarse o libertarse del escándalo o ignominia consiguientes, recurriendo a semejantes personajes que ponen

en peligro sus vidas y que llegan aún a extinguir la de los que llevan en sus vientres.

Mencionemos, aunque sea ligeramente, la obligación urgentísima de establecer un Colegio Especial, la enseñanza de la Puericultura o sea el arte que deben conocer y practicar todas las madres, y que no es un ramillete de enigmas, «sino simplemente un conjunto de conocimientos relativos a la lactancia, procedimientos de limpieza de los niños, vestidos, destete, etc. como una forma de evitar este emuntorio de mortalidad infantil.»

Estudiemos ahora el punto relativo a la guerra.

Este fenómeno porque en realidad es así, se ha producido en todo tiempo y en toda edad: desde el hombre de las cavernas que lucha con los demás por un elemental instinto de conservación, hasta nuestros días en que ya no es en defensa de tan vital y humano principio, la lucha por la vida, sino por satisfacer la preeminencia brutal y vanidosa de un capricho autoritario y despótico, en un caso; el triunfo de la fuerza en otro; la ambición desmedida; las locuras de unos cuantos gobernantes; la susceptibilidad de unos pocos políticos y diplomáticos que no tienen el cerebro ni el piso firmes, en otro.

Comprendiendo esto y las innúmeras consecuencias que produce su realización en las sociedades, pues, bajo la apariencia patriótica con que hábilmente se la disfraza, se esconde la garra aleve y maldita que destroza corazones y arranca dolores infinitos, se ha pensado mil veces en su radical extinción.

La guerra ha sido siempre un motivo de intensa preocupación y su errónea finalidad ha llevado a las naciones a justificar la creación de nuevos y terribles medios de defensa, significativos de su desafiante potencia.

La guerra ha sido considerada con razón como un verdadero castigo para los pueblos, pues, a más de destruir las bellas y pujantes energías hechas carne en los hombres, ha provocado la disminución de la riqueza y los valores; introduciendo, cosa inaudita, tantos vicios y males, para cuyo desaparecimiento, ha necesitado un pueblo desarrollar una labor dura y penosa de años y años y hasta de siglos.

No han dejado de haber con gran suerte sabios gobernantes, políticos y filósofos que han combatido con bastante

acritud e inteligencia la guerra, considerada con mucho acierto como un morbus o escirro social.

Muchas veces la envidia repugnante y venenosa ha formado la avalancha sanguinaria y cruel que debía caer sobre una población floreciente, tranquila e indefensa, para saquearla, aterrarla y mansillar el honor y pureza de sus doncellas.

He aquí el cuadro de dolor que se presenta: la ciudad es un gigantezco cementerio: las casas vueltas como lozas y desparramadas en doloroso desorden; la tierra revuelta, trastornada, mostrando en sus quiebras la riza indescifrable e irónica de la muerte amarillenta y huesuda, como si mil carros con ruedas de agujas hubieran sido paseados por corceles enormes y furiosos; por entre aquellas ruinas humeantes de polvo, sangre y miseria que levanta el viento, vense pedazos de cuerpos, mutilaciones que sufren la vergüenza del aislamiento; por acá se oyen los lamentos de los niños que se acurrucan al rededor del último viejo de la jornada que llora meditabundo y recogido tan infausta desgracia, regalando con sus lágrimas pesadas y tardías el consuelo de algo que no puede llenar: la madre, la hermana, el amigo, la tierra y el amor que ya no puede venir; y siempre, en todas partes, el soldadote fatídico, de ojos encandilados, actitud sanchezca, ebrio muy ebrio, saboreando glotonamente el triunfo de su mal.

Y es Cumplwicz el que nos habla de la necesaria lucha de razas como el principio incondicional de crecimiento y progreso de los pueblos; es el sociólogo que quiere encontrar en la guerra el modo de operar con eficacia para el triunfo de la sociabilidad, como diría Roberty, en las relaciones superpsíquicas, que transparenta hacia afuera la conciencia colectiva el modus operandi de la selección que estabiliza al más apto.

Historia en fuerza de su argumentación, las luchas que siempre han tenido los pueblos y la manera como en la insistencia de su pronunciamiento combativo, han logrado superponerse unos sobre otros e imponer su civilización y costumbres. Una práctica aplicación de sus afirmaciones Cumplowicz en las guerras de conquista, la española pongamos por ejemplo, que sentó sus reales en el hermoso y bello continente americano.

El sociólogo que hemos nombrado no hace diferencia alguna entre las clases de lucha que pueden presentarse en la humanidad, y toma de un modo general, generalísimo el fenómeno, confundiendo los conceptos de selección con el de

fuerza, y haciendo por esta razón, en sus conclusiones científicas, a unos pueblos de peor o mejor condición que otros.

Si bien la guerra alcanza una cierta situación justificable, y hasta plausible si se quiere, en determinados momentos condicionados al tiempo y al espacio, —las gloriosas guerras de la independencia americana por el reconocimiento de sus derechos individuales, su feraz autonomía y el imperioso deber de fijar su unidad nacional— esta misma forma excepcional que adquiere nos hace ver que no es un elemento necesario, tan necesario, que podamos conceptuarlo como insustituible o justificativo de los males y trastornos que produce como consecuencia en todo pueblo vencido o vencedor que haya recurrido, en último extremo a defenderse y atacar con un factor que es su propia ruina.

En los actuales momentos que se vive un período de cultura muy avanzado, ni es dable poner en discusión tal asunto, y si de guerras internacionales hablamos, peor todavía son, las civiles encabezadas por pícaros facciosos o sedicentes.

Sinembargo, desde la última gran hecatombe europea, todos los pueblos se preocupan de emplear cualquier medio que sea posible conducente a la desaparición de tan grave mal: la guerra.

En efecto, filósofos, publicistas, oradores, catedráticos, políticos, financistas, y aún la misma conciencia popular desechan acremente su pesada existencia, interesándose con ardiente fervor por la fijación de una proposición firme e incorruptible que resuelva el precioso predicado de la paz universal.

Las naciones hoy por hoy manifiestan un desequilibrio enfermizo de una actitud ambigua frente a la resolución que deben adoptar, y en todas partes, se oye un clamor ansioso y desesperante.

Las conciencias meditan profundamente y el sentimiento de humanidad se debate ardiente y prometedor en la corriente impetuosa y salvadora del porvenir. Y este sentimiento es el único que ampara y protege el Ideal, de suyo tan voluble, pues la ciencia, en esta vez, muéstranse uraña y menos influyente para el logro de tan hermosa finalidad.

Ya no es imposible, sinembargo, que las figuras que mandó erigir en monumento, el visionario Harding, allá, en las plácidas y silenciosas islas de Vancouver, en el parque Stanley, patenticen algo real; adquieran la movilidad luminosa

y verdadera de tan bello Ideal que persigue la humanidad por doquier la Paz de tan invaluable y eterno significado.

Pasemos ahora al estudio de los fenómenos jurídico y económico, en cuyo desenvolvimiento y acción podemos encontrar también, la apreciación similar que hace la Escuela Biológica.

Tanto en el uno como en el otro se han planteado, no de un modo accidental, el principio de la analogía funcional al lado del elemento individuo, pues, por composición social se debe entender, dice Giddins, una diferenciación de los agregados sociales en clases de organizaciones mutuamente dependientes, y entre las cuales existe una división de trabajo, y continúa, la composición social es análoga a la composición de las células vivas en un gran organismo. La constitución se parece a la diferenciación de un organismo en tejidos y órganos especializados. La agregación, la asociación, los cambios resultantes en el carácter y actividad de la población son el primer estado en una síntesis de los fenómenos sociales. La evolución del espíritu social es el segundo. El tercero es la composición social; el cuarto la constitución social.

Krausse, el genial filósofo Alemán, es el creador de la Escuela Orgánica que explica y razona el fenómeno relativo a la Biología Jurídica.

La vida del derecho tiene así una forma concreta y tangible, y el ser de su desdoblamiento poliforme encuentra sus formas estructurales percibibles a los sentidos, siguiendo cada una su rigurosa función y su línea normativa.

Los hechos y actos, producto de la función del derecho, están sujetos a una reglamentación formal y lógica, que se cristaliza en la Ley, la misma que no es sino una conjunción inteligente y madura de la conciencia colectiva. No se pierde, por otra parte, el espíritu ni el valor individual por esta síntesis, pues tal virtud operativa, al sumar en su seno la conciencia colectiva, no ha hecho sino crear un vínculo perfecto de relación que en cada momento responde mejor del derecho que a él se refiere.

El derecho, digamos mejor, la ley, es en la sociedad, a la sociedad y para la sociedad, siendo ésta su base constitutiva o generativa; la ley «es el molde moral de las sociedades y no sólo no es fuerza obligatoria sino que reemplaza, respecto de las masas, al consejo y a los preceptos que se emplean para la educación del individuo»..... «es el mentor, pero con carácter imperativo de la conducta pública; es la definidora de la conveniencia e inconveniencia de las acciones de las colectividades o de las que con éstas se relacionan. Si no hubiera leyes, no tendría el individuo otro inspirador de su público comportamiento que el consejo privado; pero dada la inmensa variedad de éste, debida a la multiplicidad de su origen, no resultaría una sociedad de vida armónica, sino una colectividad presa de continua e irregular aplicación.»

Krausse impuso su doctrina y le tocó al reconocido genio español el honor de su innovación y propaganda en el pensamiento latino.

Sanz del Río, el inmortal Giner con su corte de ilustres discípulos entre los que se destacan Posada, Calderón, Ortega y Gasset, introdujeron los primeros, revolucionando la ciencia jurídica, el principio Kraussiano que lograron arraigarlo en los cerebros de todos sus pensadores y publicistas, siguiendo los últimos, en la obra del triunfo amplio y completo.

Algunos autores hay que quieren hacer del derecho una sociología jurídica o Ciencia General del Derecho, tesis a la que Nardi Greco, hace el siguiente comentario: «El Derecho no surge más que en la sociedad humana, porque sólo las propiedades mortales del hombre convierten las reacciones colectivas en reacciones jurídicas, por un proceso bien definido que hemos tratado de reconstruir»..... «Confirmando el resultado de la deducción con los datos de la sociología descriptiva.»

El fenómeno económico sufre más dócilmente la comparación funcional biológica, y cae, en efecto, dentro de la misma influencia al que se sujeta el individuo para aislar su organismo de cualquier defectuosidad o ataxia que ponga en peligro la movilidad del sistema.

El mal económico necesita un hábil y experimentado diagnóstico y una curación rápida y eficaz. El aforismo médico «más vale prevenir que curar», tiene su aplicación práctica en lo económico.

El cálculo paciente y meditado; la observación fría e inteligente; la estadística rigurosamente llevada, son los medios o elementos indispensables con que cuenta el economista, el hombre de negocios, para evitar el peligro que arrecia en todo momento las operaciones mercantiles, y que le sirven, al mismo tiempo, para aprisionar la riqueza signo de florecimiento.

Los estados, con mayor razón, desde que encuentran limitado su bienestar y hallanse pendientes de las variaciones y saltos caprichosos con que repentinamente hace su aparición el fenómeno económico, emplean y recurren a los medios más científicos y acertados y a una técnica apropiada a todo evento, para salvarse de las crisis agudas que pueden desequilibrar o poner en sumo peligro el valor de su crédito.

Teniendo en mientes la circulación de los valores, el alcance efectivo de la riqueza, el cambio; presintiendo la efectividad y consecuencias que deciden de la estabilidad de los valores por la importación y exportación, adoptan oportunamente ya el proteccionismo o el libre cambio para aumentar el caudal de sus ingresos, de tal modo que superen a los egresos.

El Estado, además, cuida de la mantención activa y reguladora del trabajo, reglamentando el crédito que afiance y asegure la circulación de su moneda. En su acción interna, fija y normaliza las tasas e impuestos de acuerdo con la utilidad del servicio prestado y la capacidad contributiva del individuo.

Procura, por último, que sus presupuestos se adapten en lo posible a la realidad que, del conjunto de todas estas derivaciones que centran el proceso económico, resulte para el equilibrio de las fuentes de ingresos con los gastos invertidos que demandan la mantención necesaria de sus funciones.

Ward, al referirse al fenómeno económico, basándose en la acepción vulgar de la sociología, dice de esta ciencia, que, mientras la economía es la ciencia de la riqueza, la sociología es la del bienestar.

Análogamente concuerdan en este criterio Small y Vincent.

Fuera de estas afirmaciones aisladas, y otras más, que se han hecho al rededor de la cuestión económica, lo que más ha llamado la atención por lo importante y lo útil de la tesis, son los principios proclamados por Marx y Engels, geniales fundadores de la Escuela Economista, o para decirlo con más

acierto, del Materialismo Histórico. No nos detenemos, como bien se merecía, a estudiar el valor de sus concepciones fundamentales ni la dilatada influencia que alcanzó en todo el mundo, tanto porque la suponemos ser conocida de todos, y además, porque hoy ha decaído su valor doctrinario.

Hay otros fenómenos que, como el religioso, el ético, el político, el científico, y el artístico, se apartan del proceso biológico y exigen para su explicación otra fuente de conocimiento.

Corresponde en verdad a funciones más altas del individuo para su comprensión, y, como nos anticipamos antes en indicar, conforme al plan que nos habíamos trazado, debemos apartar según el espíritu científico que informa a cada escuela en su corriente, el principio básico que da el nombre a cada una de ellas.

Y, según esto, nos toca estudiar ahora la escuela psíquica, para entrar después a considerar la sociológica, debiéndose advertir de paso que entre una y otra se han producido las concepciones eclecticas o mixtas que han participado de una y otra, teniendo así, las escuelas bio-psíquicas, bio-sociológicas y psico-sociológicas, de las que nada nuevo podríamos añadir teniendo en cuenta nuestro análisis.

Cada disciplina científica que aparece con su novedad peculiar informa un aporte de bienhechora renovación que sirve para encausar la dirección que debe tomar el pensamiento para abordar con mejores aptitudes, el problema de la realidad social.

La vida del hombre se manifiesta turbadora y agitada en todo momento. Los sentidos trabajan incesantemente, y a cada descubrimiento, mayor curiosidad observativa y analítica se despierta intensa y vigorosa.

El campo de acción se torna cada vez más amplio y tumultuoso, y tras una civilización se suceden otras en una serie infinita. Una Cultura prometedora que parece redimir una aspiración, pronto se resquebraja y se hunde en la historia de los siglos, y sólo una visión luminosa enclavada en la

energía indestructible de un cerebro, mantiene segura y fortalecida la esperanza en la conquista del futuro.

No es extraño, pues, considerar, que en todo tiempo y en toda edad, los hombres, apenas tuvieron para sí la virtud carísima del pensar y el comprender, se dieron a estudiar el principio de las cosas, analizando su contenido y simplificándoselas en una admirable forma explicativa.

Comenzó prontamente por aprisionar la causa de los fenómenos físicos reduciendo el valor influenciante de las transformaciones a varios elementos aislados y dispersos: el calor, el agua, la luz, la tierra; después, la astrología en relación marital con las prácticas secretas de la Hechicería y la Magia, buscó un puesto para la ciencia en el mundo sideral; más tarde, la metafísica y la teología, toman para sí el honroso cargo de estudiar la naturaleza y fijar la finalidad última de los seres del Universo.

Los Alquimistas constantes y atrevidos, como los hábiles y valerosos buceadores, se dan a la tarea exterminadora y torturante de buscar la piedra filosofal y el agua de la eterna juventud que libren a la humanidad de la miserable estrechez en que vive. En cuantos sacrificios y en cuantos sinsabores se vieron envueltos estos benedictinos hombres, mártires de su usurario deseo?..... Con la faz enjuta, la mirada tenaz y como fija en un solo punto; con una pobre y rala pelambre que protegía con harta tacañería su cabeza oblonga; con un rictus amargo y desabrido en sus labios calizos, solos y aislados, se los ve movidos y ágiles, repitiendo experiencias de experiencias en sus laboratorios subterráneos en los cuales, ya mezclan líquidos de diversos colores; ya reducen a polvo en los morteros cierta clase de minerales para echarlos con cuidado en los matraces; ya por fin, fijando la atención en los hornos cuyo grado de temperatura lo prueban con sus dedos elásticos y mortecinos. Después, la prueba final?... Nada. Y otra vez a comenzar la misma tarea que acaba con sus vidas o las lleva al manicomio.

A cuantas conclusiones nos lleva la Edad Media en que, con intenso y único ardor, se llevaron a cabo estas experiencias.

Sinembargo, es necesario decir, que no fueron del todo desperdiciadas, pues sirvió con mucho para el desarrollo de las ciencias químico-físicas, cuyas fórmulas científicas fueron guardadas egoístamente por los monjes de esa época.

Alguna vez la suerte quizo que un alquimista nos descubra el fósforo.

La preocupación que mantuvo este siglo abarcó todas las capas sociales; desde la aristocracia hasta la plebe. Todos se veían confundidos en una sola idea: la conquista de la juventud y de la riqueza, y unos y otros, con bastante simpleza, aspiraban a la primacía de su patria que le daba el dominio del mundo, con la posesión de tales elementos.

En esta época también, se levanta un aire de misticismo y de creencia ciega en las ciencias ocultas. Llegan a un apogeo inesperado la Hechicería, el Fetichismo, la Magia, y tantas otras aberraciones del espíritu enfermizo y caduco.

Las famosas «misas negras» datan de este tiempo, y cuántos escándalos sociales, asimismo, no sobrevivieron por el espantoso y abusivo empleo que de estas desgraciadas prácticas se hicieron?..... Acaso, en sus atrevidos actos, no llegó hasta el mismo rey?..... No se hizo aún arma política con la que muchas veces se llegó a poner en peligro la vida del monarca y la estabilidad de su gobierno?..... La hoguera y el patíbulo consumieron, por tales razones, numerosas vidas: de mujeres bellísimas y personajes de alta posición social, unas; de la clase media, otras; de la plebe, por último, pues de toda condición y calidad fueron los individuos que se entregaron al cultivo de la hechicería.

La alquimia, entonces, era una comida vulgar y cualquiera se creía con derecho a entablar mediante ella relaciones con el diablo u otros seres dantescos.

Esto mismo fue motivo para pensar en una educación moral y civilizadora que corte de raíz semejante relajamiento de las costumbres que llevaban vertiginosamente a la puerilidad y al bochorno.

Y no se crea que tales prácticas han desaparecido por completo. Aún hoy todavía nos sorprende se hable con mucho entusiasmo de la eficacia de ciertos hechos e investigaciones repugnantes, sin tomar en cuenta el valor de la verdadera ciencia y el obrar cierto de las leyes naturales.

Y es que, a una pequeña ilustración se une el mísero concepto que se tiene de las cosas y las fenómenos que sobre ellos acaecen. Así es como se comprenden el destino y el porvenir de los hombres y de los pueblos, todo sujeto a la traba de una fe incipiente y desprovista de todo fundamento: a una opresión del espíritu castigado con las penas

del infierno si se atreve a interrogar el por qué de su existencia y el fin de ésta.

Urge combatir recíamente con este triste estado que no se compadece bajo ningún punto de vista con las miras del actual siglo que vivimos.

Después, de los períodos astrológicos, teológicos y metafísicos el hombre entra en el científico para llegar al contemporáneo de las potentes máquinas; de las grandes industrias, la electricidad y el radio. No se termina aún y todavía esperamos contemplar admirados y con sonrisa de orgullosa alegría, otras maravillas que la ciencia vence triunfadora a la naturaleza.

Y, con estos breves apuntamientos, entremos ahora sí al estudio de la faz psicológica de nuestra tesis.

La psicología, creándose una situación independiente frente a la metafísica, le suple a esta con mucha ventaja, y aquella, con su sistema experimental, es una ciencia de prodigiosos resultados.

Podemos decir que la ciencia del espíritu no fue desconocida, aunque en forma distinta del concepto actual, por los filósofos de la antigüedad desde Anaxágoras, quien sentaba la conclusión de que, ese algo confuso e indeterminado que se encerraba en la vida del hombre volvíase claro y perceptible por la inteligencia organizadora, el espíritu, la misma que arrancaba las ideas de las nebulosidades cerebrales.

Después de Anaxágoras, podemos citar los nombres de Pitágoras, Parménides, Demócrito de Abdera, el creador de la hipótesis atómica, Sócrates, el insigne moralista y el sabio maestro de los dos grandes genios de la filosofía griega, Platón, pasmoso dialéctico y pensador profundo, maestro a su vez de Aristóteles, hombre de aventajada ilustración que abarcó todos los conocimientos de su tiempo, últimos éstos, que ya concretaron la delimitación analítica del cuerpo y el alma. A la creación de sus principios se debe el nacimiento de varias escuelas y doctrinas: el epicureismo, estoicismo, eclecticismo, ecepticismo, y aún el cristianismo.

La influencia de Aristóteles se fija y persiste aún en la Edad Media en las concepciones de los escolásticos, Santo Tomás de Aquino, Buenaventura, Raimundo Lulio, hasta el siglo XIV en que principia su decadencia.

Debemos anotar sí, que al finalizar el siglo XIII apareció ya el hombre que combatió lo insustancial del método es-

peculativo y teorizante por el empleo de la observación experimental para llegar a poseer el conocimiento de la naturaleza y los hombres. Rogerio Bacón fue tal hombre y a él, en justicia, se le reconoce como el precursor del método experimental en las ciencias.

En la Edad Media se hacen sentir los cultivadores de la Cábala y de la Magia, astrólogos y mistificadores de primer orden que se rebajan a las más torpes supersticiones y encantamientos, y, cosa rara, participan de este triste estado pseudo científico y bárbaro verdaderos valores intelectuales como Pico de Mirándola, Paracelso y Cardán.

El siglo XVII abre paso a la ciencia, y es toda una producción de sabios matemáticos y pensadores.

Descartes inicia tan hermoso Renacimiento. Su principio del «Cogito ergo sum» penetra en las inteligencias dirigiéndolas hacia una mejor concentración reflexiva.

Siguen después Malebranche, Espinosa, Leibnitz y Locke en Inglaterra.

En el siglo XVIII hacen su aparición los filósofos ingleses de la escuela altamente idealista: Berkeley, David Hume y los de la Escuela Escocesa, frente a los materialistas franceses, Voltaire, Rousseau, Diderot, D'Holbach, Helvetius y Condillac, el filósofo de las sensaciones.

Kant, el gran filósofo alemán, reconstruye la doctrina Socrática desde el punto de vista moral. Funda su nueva doctrina del Deber, haciendo girar sus caprichosas concepciones al rededor del «imperativo categórico».

El siglo XIX nos sorprende con las ideas reconstructivas del mundo; ideas complejas y maduramente meditadas que edifican un grandioso sistema de conocimiento. Tenemos a Fichte, Shelling, Hegel, etc. en Alemania; a Lamarck en Francia; Darwin y Spencer en Inglaterra, con la doctrina del Evolucionismo y el Transformismo; a Comte con el Positivismo; al ecléctico Cousin; a Taine, Renán, etc.

La psicología, sin embargo, comienza a desarrollar su valor esencial y marcar su influencia desde cuando hace intervenir el método experimental en sus investigaciones científicas. Weber, Fechner, y Wundt en Alemania son los primeros iniciadores de su aplicación; sigue después Charcot en Francia mediante el estudio del Hipnotismo, la sugestión y los estados catalépticos, el sueño y el sonambulismo.

Pronto se fundan laboratorios experimentales en donde se

trabaja asiduamente por proporcionar al mundo un nuevo descubrimiento de mayor alcance y utilidad.

La amplitud de estudio en que se ha emprendido y las diversas conclusiones a que se ha llegado, han dado lugar a la afirmación interpretativa que aplica la psicología a los hechos sociales, como su fuerza generatriz.

Se ha querido ver en tales hechos algo completo y homogéneo, una unidad sustancial y tangible a pesar de lo confuso, complejo y variable que son su propia singularidad, de tal modo, que pueda «estudiárselos como cosas, es decir, como realidades exteriores al individuo», según afirma Durkheim.

«Lo social como realidad se nos da y se nos impone como cualquier otra realidad, siendo además un orden que nos envuelve y comprende: vivimos en él, estamos en él, mejor quizá, somos en él, (somos la sociedad). Un yo es un *nosotros*» y aún más, «lo social actual y futuro es obra del yo, en cuanto el yo es continuador de la evolución social y la fuente de las relaciones sociales». Baldwin ha llamado y explicado ésta con el nombre de «dialéctica del desenvolvimiento individual y social», o mejor recurriendo a esta idea de Horton Cooley: «Un individuo aislado es una abstracción desconocida por la experiencia y lo mismo ocurre con la sociedad cuando se la considera aparte del individuo»... «Pero lo que sí podemos decir, concluye Posada en su obra Principios de Sociología, es que el mundo social se disolvería, porque el mundo social es mundo del yo, el mundo de la conciencia; el hecho social es, según todo lo que resulta de los ensayos de explicación objetiva y de la observación propia, un *hecho de conciencia*: imitación (Taine, Baldwin) conciencia de la especie (Giddins), achievement (Ward). socialidad (D'Robety).

Por su parte Giddins, dice, la psicología es la ciencia de la asociación de ideas; la sociología es la ciencia de la asociación de espíritus. Aquella estudia la génesis de los diferentes estados de la conciencia, mientras la otra estudia los fenómenos que son consecuencia de un estado particular denominado *conciencia de la especie*. Pero, cuál es la naturaleza de esta conciencia y su dilatación operativa?.....Giddins la presenta como un principio determinante al rededor del cual se agrupan todos los demás motivos de organización en la evolución social. Y así, dice, al trazar la obra de la especie a través de todas sus manifestaciones sociales, se verifica una completa interpretación subjetiva de la sociedad, pues, lo *social*, conti-

núa, abstractamente, reducido a su realidad específica es una expresión espiritual y ética-relación de conciencia, relación intermental y superpsíquica-; pero no vive lo social en el aire, aislado, fuera del mundo en que físicamente nos movemos, antes bien se produce en el Universo, en la *realidad*, como realidad, mejor, como una determinación de ésta, en medio de un sistema de condiciones, que influyen sobre su proceso particular, contribuyendo a su desarrollo, favoreciéndole unas veces, siendo un obstáculo otras, según sea atractiva o repulsiva la naturaleza de aquellas condiciones, al obrar sobre el factor social genuino. Hay además, en lo social, un movimiento espontáneo, una irritabilidad propia, que radica en los seres de conciencia, en virtud del cual el ser que se siente social se relaciona con otros de su especie, estableciendo una comunicación emotiva, intelectual y reflexiva, creando un mundo, produciendo un orden de corrientes psíquicas o superpsíquicas, porque trascienden de una conciencia, y que se conservan y acentúan en el proceso histórico en forma de hábitos, costumbres, instituciones.

Estas y otras reflexiones seguiríamos haciendo para diferenciar lo psíquico de lo social, aunque este último quiera enclavarse en el rol circunstancial de las cuestiones psíquicas; pero consideramos suficiente lo anotado para cerciorarnos cuan lejano es un campo del otro.

Cabe si distinguirse en la esfera ilimitada en que actúan las diferentes fuerzas sociales, que una parte de éstas sean socializadoras y otras estrictamente sociales; las primeras aplicadas en su acción de fines sociales y que pueden originarse fuera de la sociedad o dentro de ella: el suelo y el clima, por ejemplo, y los apetitos y pasiones de los individuos, pertenecen a este género; las segundas, originadas en las mismas sociedades, actuando hacia fines sociales, no sociales y antisociales: la actitud de la muchedumbre ante el individuo, verbí gracia; la opinión pública o un ideal popular, entrarían en el rol de las segundas. Ward y Patten, se han ocupado de las primeras; Le Bon, Durkheim y Ross han verificado un análisis profundo de las segundas.

Tomando en cuenta el valor de las fuerzas socializadoras que acabamos de citar, los sociólogos de la escuela Antropológica, han emprendido en el difícil problema de la clasificación y diferenciación racial. En efecto, recurriendo a ciertos datos

fisiognomónicos que presenta la especie humana, han delimitado la situación que ocupa cada raza frente a otra.

A Gall le debemos la hipótesis frenológica por la que se ensaya la posibilidad de dar con el índice marcador de la diferencia craneana de individuo a individuo como tipos representativos cada uno de una especie diferente.

El valor científico de esta hipótesis que tuvo su época de florecimiento dió lugar a las experiencias de mensura de los ángulos facial, nasal y cefálico, además, que se hagan sensibles a la observación científica, detalles tan generales, como el color de la piel, y hasta el grosor del pelo, para ver de encontrar aquél índice distintivo racial que antes mencionamos. A pesar del sinnúmero de experiencias que se han practicado, ninguna conclusión acertada ha llegado a obtenerse.

Esto no quiere decir, sinembargo, que tales experiencias hayan estado desprovistas de su base científica, al contrario; pero es tal la naturaleza de las factores a que se ha echado mano, que en todos los casos en que se ha querido aplicarlos no han respondido eficientemente al fin ardientemente buscado, y, si en determinados estados han coincidido con mucha felicidad, esto ha sido la excepción, y, tan cierto es esto, que han decaído por sí mismas tales medidas, habiendose llegado a comprobar la igual aptitud que existe en todas las razas cuyos individuos pueden sujetarse a igual educación y ejercicio intelectual, sin depender aquella, por consiguiente, de la forma del cráneo u otra cosa por el estilo.

Y prácticamente se ha comprobado esa igual capacidad en las Escuelas de Instrucción Pública de los Estados Unidos y Méjico, en este último país sobre todo, en que el genio superior y altamente liberal de Vasconcelos, impuso un método ampliamente difusivo de educación en todas las capas sociales, sin distinción de clases ni de color.

Si creemos en la posibilidad de una conciencia colectiva, la conciencia de la especie, como diría Giddins, nos explicaríamos con facilidad la procedencia de los varios fenómenos que de ella emanan, máxime todavía, si, generalizando el principio Cartesiano a un yo múltiple, daríamos con la exis-

tencia del pensamiento básico y único; pero, allí la dificultad: no sabemos cuando es y deja de ser. Un fenómeno social se presenta con caracteres cada vez más distintos y nunca será el mismo capaz de aprisionarlo y repetirlo a nuestro antojo en su laboratorio. No tenemos sino las huellas que deja a su paso para prevenírnos ante el futuro, y sólo el estudio de unos y otros que se producen casi simultáneamente, nos dan apenas la medida de su duración e intensidad que nos ponen en la posibilidad de atribuir a tal o cual circunstancia o suma de hechos conocidos, pudiendo decir, con los de la Escuela Psíquica, que cada conciencia individual se acomoda al estado social, de tal modo, que cada conciencia constituya un microcosmos del sistema social en todas sus actividades, siendo la Sociología, entonces, una «ciencia de los fenómenos mentales en sus altas complicaciones y reacciones, y de la evolución constructiva de un medio social, a través del cual las adaptaciones de la vida y su medio circundante lleguen a ser recíprocas».

Cada sociólogo ha escogido a su manera una facultad psíquica digna de tomarse como fuerza generatriz única de las transformaciones sociales: Le Bon ha principiado por conocer la psicología de las multitudes para adentrarse después en la múltiple consideración de lo político, religioso, ético, etc.; Ribot ha formado un aparte con el sentimiento; Adam Smith se ha fijado en la simpatía; Shopenhauer y Nietzsche, los grandes ecépticos se han referido a la voluntad.

Todos sin embargo no hacen sino relacionar sus conocimientos a derivaciones aisladas del espíritu, y, de toda esta gradación sintomática, podemos decir, que guarda y recoge religiosamente la ciencia psicológica que utiliza para formular las deducciones que más se acerquen a la índole de los conglomerados sociales en sus movimientos y cambios.

Hay momentos también, en ciertas categorías de inclinaciones que, por la máxima persistencia o repetición de ellas, crean la anormalidad de ese estado a que antes hemos hecho referencia.

Tales inclinaciones las vemos patentizadas, predominando el estado sentimiento, en los fenómenos religiosos.

En ellas puede verse llegar al individuo a las más porfiadas y miserables situaciones y a los más grandes extremos.

Cada religión tiene sus dogmas y ritualidades; sus exigencias; sus prácticas aparatosas, que descansan sobre un

principio falso y tan caprichosamente relativo que elude toda explicación: la *fe*, creencia indubitante que sume al individuo en un misticismo beatífico y amortiguante.

Desde el momento que el hombre encuentra la necesidad de recurrir por temor, cobardía, y mejor, ignorancia, a ciertas creaciones del espíritu, de orden religioso, vincula hondamente su sentimiento a una actitud harto servil que mengua las otras facultades nobles de su ser.

La fe es «un *pensamiento* duro, tiránico, que domina todos los demás», según la apreciación que hace T. Hood acerca de las *pasiones*, pues debemos considerar tal estado como una de las formas de la pasión que Descartes atribuye su existencia a la agitación de la glándula pineal situada en el centro del cerebro y que mueve los espíritus, sino, al deseo real, «durable y violento, que domina por completo todo el ser cerebral».

La fe, arma que esgrime el dichoso creyente para apreciar y justificar sus varias creaciones religiosas que las encarna en tipos concretos y abstractos, a los que ama y execra, pero que siempre adora, es un producto a la vez que del sentimiento, del poder presionante que obra en su cerebro un conjunto de elementos externos que dan la medida de su capacidad reflexiva. Tales elementos son: el medio ambiente y la educación, última ésta que comprende el momento civilizador; el tiempo y tipos correspondientes a ella, y la Cultura, como obra máxima que éstos y aquella pueden alcanzar.

Según lo expuesto, podríamos presentar la gradación del fenómeno religioso en esta forma:

Por lo que hace al medio, la India, con su naturaleza exhuberante, se ha pronunciado por una religión multiforme, de una metafísica móvil y complida, «identificando Dios y el Universo»; los pueblos del desierto árido y sobrecogedor han rendido vasallaje al monoteísmo semítico, presentándose la misma situación con iguales caracteres o con diferencias no muy notables, en los pueblos que forman su hogar cerca de las costas o conquistan las alturas. Así, por ejemplo, fijando nuestra atención en el pueblo incásico, notamos que su religión defiere con distinto colorido de una zona a otra, median-do esto sí, la intensidad más o menos grande que tiene la tradición entre ellas.....

En primer lugar, haciendo un estudio general, tenemos el Fetichismo. El hombre primitivo sigue un razonamiento

falso producido por una emoción fuerte. Diviniza, entonces, los animales o cosas que llaman preferentemente su excitabilidad sensual y le gustan, alegran o le sobrecogen de temor y de miedo. No olvida la emoción sufrida, y la previsión instintiva de su defensa y el deseo de verla repetida, le conduce a demostrar su admiración y rendir tributo a lo que tiene como poder fuerte y dominante, sucediendo entonces que la deifica a su manera.

El hombre y el animal, dice Letourneau a este respecto, razonan de la misma manera; cada uno de ellos se arrodilla a su modo.

El Fetichismo erige en divinidades a los animales. No son otras cosas los que adoró el pueblo del antiguo Egipto, la serpiente de Ohuiddoh, el conejo de Benin, el lobo de las praderas americanas, todos han sido dioses por el estilo.

Cosa análoga sucede con los objetos de la Naturaleza: un árbol, una montaña, un lago, un río; con mundos lejanos a ella: el sol, la luna; con especies de pequeña importancia: plumas, colmillos, pedazos de madera o mineral, etc.

En el Fetichismo, dice el autor antes citado, no hay nada todavía por lo inmaterial, nada asimismo por lo sobrenatural y aplicando a ésto, el viejo verso: «Primus in orbe deos fecit timor» (Lo primero que hizo a Dios en el mundo fue el temor) es la expresión exacta de la verdad.

Un razonamiento más perdurable y superior le lleva al hombre en una segunda etapa, al Simbolismo: indentifica su ser con su organismo, sus vicios y virtudes, con otros inmateliales y etéreos que aunque moran regiones desconocidas, tienen su asiento en el mundo de los seres vivos. Su ignorancia que no acierta a distinguir la causa de los fenómenos le lleva a personificarlos con calidades especialísimas, aunque en la forma, lo revista de idénticas peculiaridades de su ser: es el genio o el hombre perverso o bueno que invade furioso y terrible, talando vidas y campos o es el que derrama bondades y venturas semejantes. En este período se representa caprichosamente, ya en madera, piedra o metales, el trueno, el relámpago, el sol, la luna.

Los djiuns de los musulmanes; los peris de los persas son creaciones imaginarias análogas.

Hechos tangibles por sus manos tales seres ficticios, no tardan en confundir el símbolo por el ser simbolizado, acabando por adorar el ídololo fabricado por éllas.

«Un obrero dice el profeta Isaías, corta los cedros o robles que escoge entre los árboles del bosque, y planta en su lugar el pino que crece a favor de la lluvia».

«Estos árboles sirven al hombre para hacer fuego; los coge y se calienta; los quema en su horno para cocer su pan. Y hace asimismo con ellos dioses a quienes adora. Es una escultura ante la que se prosternal».

He aquí contenida en pocas frases la explicación sucinta de la forma religiosa que analizamos.

Surge después el Politeísmo. Tiene muchísimos puntos de contacto con el anterior y la concepción del genio; pero aquí, el hombre entrevé una causa más eficiente de los fenómenos naturales y ya no hace una figuración torpe y simple de éstos; al contrario, su imaginación más consciente, abarca un campo de acción más amplio de acción y el Simbolismo en que traduce su pensamiento, lo encarna en figuras más perfectas, más movibles; de una comprensión más alta y una dirección inteligente y progresiva: que patentizan y dan el valor de una Idea.

ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Ya no es el grosero y absurdo armatoste de los Idolos como Idolos estrictamente dichos: el Politeísmo representa una agudización de los sentidos y un desarrollo de la fuerza intelectual que penetra aún en lo abstracto y atrevidamente lo encarna en formas: el culto a los dioses penates o lares; a las almas de los muertos; la concepción del cielo y el infierno las Euménides; Venus y Freya; Eros, Apolo, Marte; las Gracias, Minerva, deidades del Olimpo en Grecia y Roma; Brahma, Vichnou y Siva en la India, hasta llegar al dualismo simple, como en Persia con Ormuzd y Ahriman, dioses del bien y del mal; y de este dualismo al monoteísmo no hay sino un solo paso.

Hasta aquí, en cada uno de los momentos en que los pueblos experimentan sucesivos cambios en sus creencias y en la conveniente adaptación que sigue a ellos, no se ve sino una serie fenoménica que alterna en escala de intensidad comprensiva.

Necesitamos llegar al verdadero monoteísmo para distinguir entonces, la mejor construcción espiritual frente a la dignidad producto de ella; espiritualidad que ya no es simple mistificación desprovista de todo raciocinio, sino una obra completa de cálculo intelectual y de sentimiento emotivo que llega muchas veces en su extremo de irritabilidad, a lo anormal y patológico, como se llega a comprobar en el caprichoso fenómeno de la transmutación extática.

El cálculo intelectual es la certeza de conseguir los bienes del cielo para todo lo creado por su *Díos* y el perdón de todos los males, cual corresponde a su Ser purísimo, de naturaleza inmaculada y de bondad infinita, que no tiene, por lo mismo la humana estructura defectuosa y ruda.

Esta concepción religiosa que marca uno de los primeros pasos en la evolución de las sociedades, sufre modificaciones, convirtiendo el alcance de simple protección en signo de poderío y de absorción. Tenemos, en efecto, el nacimiento de las clases o castas, en las que, a una de ellas solamente corresponde de un modo absoluto el culto de la divinidad, clase única y privilegiada a quien lo era dable comunicarse con ella y sondear la acción íntima que podía desarrollar sobre el pueblo que rendíale adoración.

Y del nacimiento de las clases a la utilidad directa y el negocio lucrativo no hay sino una pequeña diferencia.

En verdad, el pueblo es sacrificado por las clases sacerdotales, llegando en casos, hasta a entregar su vida por hambre y desnudez; esta explotación a ido amenguándose poco a poco hasta nuestros días, en los cuales, todavía, no es posible desterrar de un modo radical esta práctica tan pecaminosa.

Y es que, lo primero que se han conquistado es el sentimiento fácil de la humanidad por la superstición y las alucinaciones de milagros y apariciones, todo aparatoso y efectista que asombra y domina los cerebros incipientes que viven en una desgraciada ignorancia de las cosas.

Todavía existen multitudes que se arrodillan y que se dejarían morir de hambre, de sed, o despedazadas por el cegamiento de su loco fanatismo.

Debemos considerar, sin embargo, el valor que trajo consigo el monoteísmo en cuanto al principio formal de enriquecimiento de la Ciencia Filosófica y de la Literatura.

Los monges, depositarios y conocedores de las religiones orientales y de su filosofía, supieron modificarla y hacerla

apta para su introducción en la religión y filosofía occidentales, sin destruir aquellas, ya que, una visión racional del futuro hizoles comprender que la estabilidad y triunfo de éstas dependía, en gran parte, de la existencia de las otras.

La Literatura, tomando en cuenta ya el Cristianismo, forma propia y avanzada del monoteísmo, es prodigiosa y constituye un monumento de poesía y de máximas y principios morales, de honda reflexión mental y vigorosa concepción imaginativa.

La Biblia Cristiana tiene primorosos pasajes de alta y fecunda idealidad artística así como de bellos y novedosos pensamientos que dan la medida de un conocimiento sabio y de una admirable observación de todas las cosas, y una rigurosa virtud meditativa.

El Cristianismo, así considerado, constituye una doctrina científica que tiene su puesto preferente en la Filosofía; con sus períodos históricos de gran resonancia; con su influencia en la cultura de los pueblos; pues, en otra forma, se bastardea en las sotanas y sacristías y se reduce, se deforma, se aplebeyiza groseramente en las multitudes.

Hay que comprenderla y estudiarla en los Evangelios, en San Agustín y Santo Tomás; hay que analizar sus defectos e importancia en Renán, Nietzsche, Giovanni Papini; no podemos verla revestida en trapos; en cachivaches de madera, hierro o lata, en los que se convierte en fetichismo idólatra que contempla arrobado y estúpido el infeliz ignorante o el cobarde fanático que cobija su hipocresía y su maldad con la ingenua espontaneidad que tiene el niño que comienza o el bárbaro impulsivo.

Cuando estudiemos el parasitismo religioso, volveremos a razonar sobre este problema en la variada influencia que tiene de hecho en las sociedades, particularmente en su forma de pasividad ociosa y degenerativa.

Veamos ahora el Panteísmo. y para dar una clara idea de su esencia, transcribimos, por considerar la mejor explicación de esta forma religiosa, el siguiente párrafo de Letourneau, de su obra «Fisiología de las Pasiones». Dice así: «El Panteísmo. — En este sistema, la inteligencia humana no concibe a Dios y la materia distintos uno de otro. En él se confunde el mundo con las fuerzas que lo rigen. La divinidad no es más que un poder inteligente infuso en la materia, y el mundo material no es más que la manifestación necesaria de la Divi-

nidad que comprende todos los seres y está sumergida en su seno, más sin forma ni límites. Es más bien un sistema filosófico que una religión, he aquí por qué aún cuando se encuentre el Panteísmo en el fondo de los dogmas del Bramhanismo, éste no ha sido nunca la religión de las masas.»

Al fenómeno religioso se aúnan, por tener su base en la superstición, la hechicería, las prácticas ocultas y la Cábala, la Quiromancia y la Sicomancia, y aún, por algunos detalles, el Fakirismo.

En cada una de estas actividades individuales, influye, además de la sugestión que enerva la conciencia, la conformación del medio y la corriente educadora, su género, que recibe su espíritu, última ésta —la educación— que puede componerse de una actividad habitual que se hereda por larga tradición; por inclinación imitativa sugerida por narraciones y lectura invariable de cuentos de novelas y de hadas, magos y encantamientos; por inclinación viciosa y aún por falsa comprensión de los medios que expone la ciencia.

La hechicería, en ciertos momentos, se ha querido revestirla de carácter científico como en la Edad Media en que su ejecución tenía por finalidad la busca o descubrimiento de la piedra filosofal y el agua de eterna juventud. Ya hemos descrito antes tan rara situación.

Las prácticas de hechicería difieren de pueblo a pueblo y de raza a raza. Es distinta la actitud del negro, de las que presentan el indio, el amarillo y el blanco. El creyente indio presenta una psicología de caracteres distintos de la del negro y la del blanco. El negro y el indio, de acuerdo con la estructura nerviosa y su emotividad, diluyen su espíritu hasta perderlo en las espirales de humo que expide su boca del tabaco que fuman o del que se desprende de las inmensas hogueras; transparentan su deseo en el trazo imaginario que figuran con sus manos en el espacio.

En cada uno de estos estados su atención es perseverante; sus sentidos explotan el último reducto de conciencia aspirando la conmoción impetuosa de los nervios en un solo grito espasmódico que es la aguda visión de la imagen irreal que tiene visos de eterno y desconocido o presume tenerlos.

El indio, entonces, cree haber recibido un nuevo espíritu en su cuerpo, y se lanza con la fuerza de su ilusoria posesión, a matar al enemigo, semejante a él, en la guerra; a satisfacer

su terrible venganza, o a conquistar colmillos de panteras y osos, sus lauros de poderío en una lucha salvaje.

En cada tribu encontramos, como un elemento indispensable, el mago o hechicero, personaje de respeto y de valía, a cuyas adivinaciones y consejos se debe la prosperidad o el presagio de males y desgracias: es el oráculo decidor a quien se consulta en todo momento.

El indio y el negro, en sus reducidas y estrechas conciencias, faltos de toda dirección educativa, no alcanzan a distinguir un fenómeno de otro, más bien dicho, la bondad de una u otra creencia. La importancia que la dan es relativa y pronto pueden cambiarla o extingüirla.

De aquí, que fácilmente cambien de dioses y se adapten sin rebeldía a la imposición de otro u otros, como sucedió en el Ecuador con la conquista española.

El indio, en efecto, superficialmente recibió la catequización del clérigo español sin infiltrar su espíritu del Dios del Cristianismo al que no comprendía, y tomólo por su cuenta sin perjuicio de su estado, pues nada le costaba ni ningún esfuerzo hacía al cambiar de nombre a sus dioses o contarles con un nuevo que se sume a ellos. Adoptó su nuevo fétiche sobre la base de su tradición y sus costumbres, y hasta ahora, pese a la dominación absoluta de los curas y más hierofantes y de sus continuas prédicas, no han olvidado a sus dioses, y a despecho de los que han puesto ante sus ojos con alas de latón y trapos pintados, todavía los festeja con *chicha* entre gritos arrogantes e iracundos, aumentados en intensidad por el hervor terrible de su sangre que lo produce el alcohol tomado en grandes cantidades.

Lo que sí ha conseguido, en cambio, es humillarlo y envilecerlo, cooperando a esta acción demoledora, los Gobiernos que nada han hecho por regenerarlo.

La hechicería en el indio puede ser y es inofensiva para otros; cultivada entre ellos sólo puede salir hacia afuera por la petición de un blanco quien la aprovecha como elemento de cobarde venganza, empleando cosas e ingredientes que son verdaderos venenos para la víctima.

La hechicería en el blanco es más efectiva y palpable en la mujer. Coincide con su naturaleza delicada y sensible y es fácil su adaptación y prácticas tan denigrantes y torpes. Y esta adaptación sensiblemente, no sólo encontramos en la mujer mediana y la plebeya, sino aún en la de aristocracia

culta y exquisita. Todavía no desaparece, junto al fanatismo, el valor que se da a los adivinadores de dudosa procedencia, y hay gente que constituye, hasta ahora, una fuente de explotación de los pícaros quirománticos, los brujos, indios y otros tantos aventureros astutos.

El fakirismo oriental sí, tiene su base de estudio y de experimentación. No es un ocultamiento bastardo, sino el producto de una educación lenta y continua. Es un ejercicio perseverante que entraña sacrificio, y el fakir, es ante todo un hombre de carácter, un tipo resuelto y de valor; un individuo de ciencia y de modales desenvueltos, delicados, desprovistos de vulgaridad. Por su psicología especialísima y por sus experiencias adquiridas durante una larga observación de la naturaleza, es un sujeto distinto de los demás; posee su espíritu y puede dominar, con facilidad el del ajeno. Con mucha razón, los fenómenos que presenta no son admirados sólo por la multitud expectante, sino por hombres de ciencia que investigan en sus laboratorios la calidad, intensidad y causa de ellos.

Harto incapié talvez, hemos puesto al anotar las anteriores modalidades, en que puede circunscribirse una vida, vida viciosa y anormal —excepción del fakirismo que bien puede ser una forma de educación de la voluntad— en la que se esconde, arrebuja entre holguras de la presente civilización, los rezagos repugnantes de la *bestia humana* que todavía puede enseñorearse de su inconciencia; pero tal insistencia era necesaria para poner de relieve los aflojamientos o reducciones de la conciencia que bien pueden calificarse, y son en verdad, vicios degenerativos de la raza, capaces de influir en muchos delitos, si no son la causa principal e inmediata que hieren y trastornan a la sociedad en su progreso y en sus más vitales principios.

Con mucha razón, es urgente el establecimiento de Clínicas, Hospitales, y aún Escuelas de curación y educación de anormales, debiéndose añadir a esto, un trabajo legislativo de reglas severas y adecuadas que protejan y defiendan el medio social, contra el posible ataque de semejantes morbosos.

Y ahora que hemos tocado el punto relativo a los casos patológicos, citemos, aunque sea ligeramente, otros análogos como el alcoholismo crónico, el uso de los alcaloides, y la criminalidad atávica y la adquirida.

En cada uno de estos fenómenos psico-patológicos que puede presentar la Antropología humana, intervienen desde la deformación orgánico-cerebral-desviación anatómico-fisiológica, hasta el clima, relieve terrestre, alimentación, medio ambiente, que lo hacen todos o cada uno con mayor o menor intensidad. Además, explícanse tales lesiones por la falta de una educación especial auxiliada por la clínica médica y la psiquiatría; falta de educación a veces completa; otras incompleta o deficiente que no alcanza a restablecer al individuo de su desgraciada situación.

Cuando obra la perversidad del individuo por un vicio ancestral, o cuando por adquirirla se habitúa, entonces toda educación es insuficiente para corregirle o inhibirle del vicio que le cautiva. En casos excepcionales, obra sin embargo la auto educación sujeta a una rígida complexión reglamentaria, en la que, su estricta observancia, hace del individuo un tipo de voluntad y de carácter.

Y es el carácter, virtud excepcional de muy pocos, el que puede combatir con éxito la intromisión dañosa del vicio. Y no se crea que tal o cual vicio degenerativo que aparece en los individuos, sea exclusivo de una clase; al contrario, es de todo estado social y no escapan ni por la edad, sexo o condición.

Con enorme dolor, con sentimiento de honda ternura, se contemplan cuadros de verdadera y desesperante aflicción: niños que sufren los estragos del alcoholismo heredado a su padre o padres; mujeres que cambian el precioso ideal de sus vidas; quiebran en una actitud loca el destino triunfal de su belleza y sus encantos, consumiéndose en una situación amortiguante, incolora y de una insaciable y dolorosa alucinación, aguijonadas intermitentemente por el goce inocuo de los alcaloides; adultos, ancianos, de ilustración y dotes diferentes, todos desfilan en un plano rodeado de sombras tétricas y aterradoras.

El carácter descrito por Smiles y magistralmente por Marden, el maestro de la juventud, es un patrimonio distintivo de fuerza e integridad reflexiva: es un principio que coacciona el espíritu por un largo y continuo ejercicio educativo. De aquí, que su valor no tenga el barníz de las superficialidades que se pierden, ni que sus rasgos peculiares, no tengan la necesaria firmeza exclusiva de la conquista, del dominio y del triunfo. Nada de vértigos; baratura del concepto ni im-

provisaciones repentinas; todo, verdadero estudio y rigurosidad en el pensamiento.

El carácter es una forma de gobierno individual y un elemento que sirve para apreciar con justicia las obras intelectuales; no tiene la debilidad del egoísmo y antes bien, es la gravedad y nobleza de la crítica sana y aleccionadora. Es, además, la aspiración de un pueblo, porque reúne en sí la pujanza de cultura y no es una simple idealidad imaginativa. El carácter ha hecho de Estados Unidos, la Argentina, en América; de Inglaterra, Alemania, Francia y otros estados, pueblos de inteligencia reflexiva y calculadora; de riqueza, holgura y comodidades, propias de una civilización grande y siempre progresiva.

El estudio de su complejo funcionamiento produjo la voluntad sublimizada en Shopenhauer y la soberbia concepción del superhombre de Nietshe.

El carácter, llevado hasta el sacrificio, hizo que el Nazareno imponga su doctrina; que Alejandro Magno, Julio César, Aníbal, Napoleón, lleven a término sus famosas conquistas. Es la tenacidad laboriosa y meditativa de los filósofos, es la observación metódica y heroica de los sabios en sus laboratorios; es la delicadeza y amor a la obra perfecta del artista y el poeta; es el himno del pan y del trabajo en el sudoroso obrero que encorva su espalda y forja el hierro candente; taladra la roca; modela en el árbol; construye y desbarata, haciendo de la naturaleza un mundo pequeño que desmenuza en sus potentes manos.

Con él se ha embellecido la Naturaleza y se ha llegado a la edificación de obras que sorprenden. La ingeniería ha levantado prodigios; monumentos colosales que sobrecogen y llevan al espíritu en un vértigo de confusión; de alegría incomprensible; de visión científica.

Con él han sido las celebridades filosóficas, científicas, artísticas, etc., glorias de la patria que les vió nacer y de la humanidad que recibe los beneficios de sus enseñanzas, sus investigaciones, invenciones y descubrimientos; el aprisionamiento de la belleza; obras verdaderas en que se confunden, en una síntesis maravillosa, las facultades y los sentidos.

Tratemos ahora en su orden, y conforme al plan de las escuelas Sociológicas, los fenómenos político, jurídico, económico y estético, dejando este último para un capítulo especial

en que nos propondremos demostrar la bondad y preeminencia absoluta del sentido estético en el problema cultural.

La Política, en su sentido etimológico, se refiere de un modo general a todo lo que constituye el origen y desenvolvimiento de la *ciudad*.

De consiguiente, cuáles son los elementos constitutivos, indispensables, para la formación de ese todo llamado Ciudad?...Cuál ha sido su desenvolvimiento hasta completar su estado?... Los elementos básicos son: Unidad de población y de territorio. En el uno encontramos no sólo el contingente numérico de individuos o grupos de individuos, en cuanto a su cantidad, sino, y ésta es su condición cualitativa, su psicología y sus factores sociales de relación, de socialidad, que diría D' Roberty, y de diferenciación en cuanto nos dan la medida de su civilización y la Cultura que viven; el otro se refiere a la porción de territorio que ocupa su lugar en la extensión geográfica y al que se fija la población antes considerada.

A estos dos elementos debemos añadir un tercero que entraña, en la realidad efectiva de la conciencia humana, unida al pedazo de tierra que toma como suya, el elemento primordial, distintivo y característico que sirve para fortalecer, cada vez más la conciencia colectiva.

Este elemento que hace surgir con él la necesidad de fijar de un modo claro y preciso, los conceptos de *derecho* y de *justicia*, y que sirve de unión, de nexo perfecto que vivifica las relaciones sociales, conduciéndolas en línea ascendente, es la *Unidad Jurídica*.

Historiando el desarrollo de la sociedad hasta llegar a su grado superior de formación étnica y geográfica, encontramos cumplidos estos tres elementos.

En efecto, todos los pueblos atraviesan por varias etapas sucesivas que marcan sus grados de formación hasta llegar a la ciudad.

Son tan conocidos tales grados que tan sólo nos limitamos a enumerarlos; principia con la familia, después el clan, la tribu, la curia, hasta llegar al Municipio y la ciudad.

Tomemos como tipo para nuestro estudio, la ciudad ro-

mana. La población, con su raza, costumbres, lengua, religión, estaba dividida en ciudadanos, latinos y peregrinos. Los primeros, a su vez divididos en ingenuos y libertos. El resto de población lo formaban los esclavos.

Los ingenuos gozaban de todos los privilegios que les otorgaba la ley, y eran favorecidos con el *jus honorum*, el *connubiun*, y el *commerciun*. Los libertos gozaban también de estos privilegios y derechos, pero en una forma limitada.

La vida política o fenómeno político comienza a manifestarse desde el momento mismo en que aparece la familia con la autoridad paterna, en que los individuos, por una costumbre tradicional, se juntan para deliberar; tomar para cada uno cierta clase de trabajo y aspirar a un mejoramiento en beneficio de todos, aspiración que tiende, sin así pensarlo ellos, no sólo a encerrarse en el estrecho campo que vive la familia, sino a extenderse hacia otros grupos de familias que, sin saberlo también, reciben medianamente la influencia de tal valor sociológico, valor éste, que precisamente es el que sirve después, de un modo sensible a relacionar las familias reuniéndolas en agrupaciones más grandes y fuertes, en las que, por su especial situación, se hace necesario acordar una autoridad distinta de la paterna, del gran pater-familias, que sirva para regir los destinos del grupo; una autoridad a la que se deba respeto y sometimiento.

Junto al concepto de autoridad surge el de Representación, y he aquí otro momento político, en que la elección representativa cumple las aspiraciones de un conjunto de individuos, y así mismo, por elección, el pueblo vota *su ley*. se reúne aquel en comicios: primero curiados, después centuriados y en tribus por último. En todas estas actividades el individuo comprende la necesidad de su contribución para la vida orgánica de su pueblo.

Sin embargo, podemos decir que, si bien en todas estas actividades, el individuo se reviste de una actitud positiva, su psicología es tranquila y estable; no tiene la efervescencia que da la rebeldía de los hechos injustos y malos.

Cuando el pueblo indignado y combatiente reclama sus derechos conculcados y exige la abolición de privilegios establecidos en bien de cierta clase, entonces sí, tiene la aureola luminosa de su propio poder; de su conciencia vidente y de su sentimiento sublime: es el momento en que Caracalla declara los derechos del pueblo romano.

Cada nueva generación, que nace en el medio social, dice Giddins, tiene que adaptarse a las formas establecidas, y la sociedad, aunque constituida por individuos, ejerce una poderosa reacción sobre todo individuo. En la infancia de las naciones, dice Montesquieu, el hombre, forma el Estado; en su madurez, el Estado forma los hombres.

Hemos hecho las anteriores citas por ser las que demuestran claramente las reciprocidades de acciones entre la sociedad y el individuo, al ser factores condicionantes del fenómeno político.

Cuando la natural inclinación del individuo hacia las funciones e intereses del Estado deja de tener esos reflejos característicos que llevan hasta la inconsciencia y se reviste de un tecnicismo científico, tenemos entonces el pensamiento reflexivo de la política: es Aristóteles estableciendo reglas y principios en su «Política»; es Maquiavelo enseñando al príncipe el arte y la ciencia de gobernar; es Montesquieu con su «Espíritu de las leyes»; es Rousseau, fundando la doctrina del «Contrato Social» como forma explicativa del origen del Estado; es Diderot en su «Diccionario Filosófico»; son Napoleón, Cromwell, Pitt, Washington; son los publicistas, hombres de Estado, que comprenden de una manera clara y precisa lo que debe ser y es la Política que fundamenta y justifica el Gobierno de los pueblos y la mantención y respeto de las leyes que declaran el derecho a ellos inherente.

Y ya no sólo, tal manera de manifestarse la política, se encierra en un Estado, al contrario, tiene su amplitud de acción, dado el fundamento que entraña y los valores a que ella se refiere, hacia otros Estados.

Tenemos entonces la Política Internacional de Estado a Estado como función necesaria e imprescindible que establece las relaciones de mutuo reconocimiento y apoyo que reclaman sus respectivos derechos, política ésta, que en su finalidad superior suma las aspiraciones humanas, uniendo a las naciones en una preciosa confraternidad. Es el Estado Universal al que quieren llegar la «Liga de las Naciones».

Talvez el optimismo que se guarda sobre el resultado de sus funciones no sea tan preciso y efectivo como al principio de su creación en que todos los países, apenas de terminada la monstruosa conflagración y hechos los tratados de paz, sufriendo todavía, con harta dureza, los resultados aterradores de semejante flagelo de innumerables consecuencias que

todavía perduran, tuvieron necesidad de pensar en algo efectivo y grandioso, contribuyendo con toda voluntad, como así lo hicieron, a la construcción del principio bienhechor y fecundo para la humanidad entera, que concreta la «Sociedad de las Naciones», la misma, que invita a todos los pueblos a satisfacer sus anhelos de paz, fortaleciendo su deseo en un acuerdo de extinción radical del monstruo de la guerra.

En efecto, hoy por hoy, los intereses egoístas de toda clase en los que pesan muchas causas, hacen que la «Liga de las Naciones» no presente todavía al mundo ningún resultado práctico. Todos los pueblos, por tal razón, viven en continuo temor y sus miradas expectantes interrogan el futuro con ansia tensa y escalofriante.

Con razón, muchos filósofos y políticos que escrudiñan el porvenir, lo describen con signos rojos en una figura apocalíptica que aprisiona y tortura a la humanidad en sus rudas y potentes fauces.

Será posible pensar en un pesimismo que revista tan crueles formas?..... En la guerra futura de peores alcances que la presenciada?..... Hoy que se tiende a la más alta cultura y al cultivo del verdadero ideal de la belleza en el sentido estético?..... A pesar de que nada se consiga con la Liga y que con ella y sobre ella se produzcan el agriar de los ánimos; el ocultamiento de las ambiciones políticas de los gobernantes y más representantes del pueblo, las pretensiones que conducen a la separación por grupos de las naciones, desbaratando finalidad tan humana, mejor está, a pesar de todo esto, repetimos, pensar con optimismo sobre la paz universal; en este precioso dictado que unirá a las colectividades en un sólo pensamiento.

Y el pueblo lo hará, por sí solo, con su voluntad desinteresada y ferviente, sin ambiciones bastardas de dominio personal y egoísta, rompiendo las trabas al que le sujetan gobernantes y políticos.

El pueblo se junta más y más y un solo deseo lo estrecha: él cantará en un himno de arrogantes y bellas armonías la victoria del principio humano!.....

Maldición contra la guerra y exterminio del soldado: debemos recordar la frase verdadera que nos pone en aviso: «Mientras un sólo soldado exista, allí está el peligro de la paz y de la tranquilidad sociales». El militar es una enfermedad parasitaria que la sociedad debe encontrar el remedio efi-

caz que le inmunice de su acción positiva. El soldado, es una creación anormal que acecha la ley para destruirla; que busca la ley para combatirla; que acecha la idea para purificarla e impurificarla, que humillado y mendicante, con su socarronería aleve, busca la mano que le alimenta y abriga para morderla.

Mas, sigamos en nuestro estudio. La manera o la forma por la que un pueblo aspira a su completa independencia y a su nacionalidad, es también una manifestación política; su conciencia se halla dirigida conforme a la causa justa que le impele.

Y no es sólo una manifestación política y aislada que aparece repentinamente y se destruye: es una continuación sucesiva que vive y se mantiene latente unas veces, activa otras en el organismo social; es una necesidad sentida que se lucha por satisfacerla y verla cumplida.

El proceso que experimentaron los pueblos de América para reconquistar su libertad e independencia hasta llegar a su más alta finalidad, la Consolidación Republicana, está llena de actos y hechos gloriosos y heroicos, de honda y delicada plasticidad espiritual, en los que se alternan el valor moral y la firmeza de carácter con el ardor rebelde y el sacrificio.

Todos y cada uno de estos informan una sola conciencia; una sola psicología; una construcción Política, que tenía por causa la dominación repugnante de la conquista y por fin, la libertad y el advenimiento de una nacionalidad propia.

Podemos también encontrar en el origen de aquél proceso, el va'or que tuvo para los pueblos de América, la Revolución Francesa que declaró los principios magnos del hombre, y conjuntamente con ella, las doctrinas de los filósofos ilustres de esta época histórica, doctrinas que no sólo hicieron eco en Europa dominando el pensamiento y conquistando el sentimiento popular, sino que, en un salto prodigioso, llegaron a América a fortalecer sus aspiraciones e impulsar la justicia de su acción.

El Ecuador fué el primero que cantó altivo y orgulloso el himno de la independencia del 10 de Agosto de 1809 y él es el dueño de este hecho inmortal que coronarán los siglos.

Después, en el transcurso del tiempo, entabló varias luchas que nos dan la medida del esfuerzo heroico de sus hombres frente al despotismo reinante del *hombre ibérico*.

Su labor política no deja de manifestarse tenaz y per-

sistente en varios hechos, en los cuales, se mantiene el mismo deseo, ferviente que venía manteniéndolo desde años atrás a la conjuración del 10 de Agosto de 1809, pues, la formación del alma nacional, es de observarse que data desde la gran sublevación quiteña de 1592, y 1593, en que solidarizados los españoles criollos, los mestizos y clases populares, lucharon por las alcabalas frente a los españoles europeos, a la que sigue, transcurridos ciento y más años, en 1765, las memorables jornadas del 22 y 24 de Julio en los barrios de Quito se sublevan contra el Estanco del aguardiente y los impuestos de aduana, hasta concretarse en la epopeya heroica de la guerra magna en el que el genio inmortal; el guerrero valeroso e insigne; el hombre de facultades y sentimientos privilegiados, Bolívar, emprendió infatigable y contrito; empenando su honor y su palabra, en la tarea mil veces titánica y sublime de libertar cinco naciones; tarea que, con cariño victorioso, de triunfo en triunfo la vió cumplida a perfección. Terminemos, transcribiendo este hermosísimo párrafo del doctor Agustín Cueva de su conferencia, «Estructura y espíritu de la Nación Ecuatoriana»: «Detengámonos tan sólo un instante en presencia de la montaña sagrada del Píchincha, en que se libró la batalla decisiva de nuestra nacionalidad, en un día como éste (se refiere al 24 de mayo de 1822); prosternemos nuestros espíritus y rindamos el homenaje fervido de nuestra admiración y gratitud a los campeones inmortales que desataron la tempestad y el rayo de la guerra para purificar un pueblo y darnos una Patria libre. Evoquemos la inmortal y blanca figura de Sucre, héroe ideal, no de una leyenda antigua, sino de una leyenda de lo porvenir, en que más purificada, más humanizada la raza humana, nos dará héroes como Sucre, en quien se conciliaron, por un milagro asombroso de la naturaleza, las virtudes al parecer más opuestas: el valor heroico y la piedad suprema; la grandeza prócera y la sencillez democrática, la fuerza destructora de la guerra y la fuerza creadora de la legalidad y del derecho; el arrebató pasional de las batallas y el criterio sereno y lumínico de los grandes conductores de multitudes».

Consolidada la República en 1830 empieza la organización racional y eficiente del nuevo Estado.

Se atiende en primer lugar al arreglo y establecimiento de su ley fundamental: la Constitución, ley que declara los derechos civiles y políticos de los ciudadanos; fija la forma re-

presentativa del Estado y reglamenta sus Poderes con los que desenvuelve su acción constructiva social y jurídica.

En el proceso delimitativo de esta construcción y plano funcional, intervienen los mejores elementos de la Nación, elegidos de entre los ciudadanos de la República.

La Opinión Pública, que tiene su génesis en la experiencia almacenada del pasado, que lega un patrimonio común a todos los individuos, y que puede definirse como «el juicio de una comunidad auto-consciente (Self Conscions) sobre algún asunto de interés general», encuentra una forma de manifestarse en la reunión de los comicios, en los que, tan luego se propone, discute, como se acuerda la resolución o actitud que debe asumirse, ya frente a la campaña electiva en que los miembros de la Nación obligan a cumplir con su deber cívico; ya frente a varios problemas que interesan directamente al Estado.

El Ecuador, ya por su razones étnicas y geográficas; ya por el sedimento de cultura incipiente y viciosa que dejaron los conquistadores en su espíritu, fortalecida durante todo el período colonial absolutista, de aislamiento y restricciones, ha sufrido las consecuencias más fuertes de bregar para la sustentación de su nacionalidad.

De constitución raquítica y débil los individuos; de misticismo contemplativo y perezoso; con un temperamento acuoso y falta de carácter, no podían perseguir jamás las grandes empresas que traen la riqueza y el progreso efectivo de un pueblo.

Ha luchado en vano por desprenderse de las inclinaciones torcidas que le llevaban a la inercia, sujeto fuertemente a su hábito ancestral; y, antes de desvanecer en las corrientes sociales las preocupaciones inútiles de sangre y pergaminos de nobleza, se ha inquietado siempre por ellas y se ha debatido ardientemente en su conquista ilusoria posponiendo el trabajo, verdadero y digno patrimonio de las almas rebeldes y superiores.

Debido, indudablemente, a este triste empobrecimiento de sus facultades y al goce fácil de su sentimentalidad beatífica y lacrímica, no ha recurrido a otros medios para su misma subsistencia que los practicados rutinariamente y con una irritante monotonía, durante largos años y años, o, en último término, al empleo fácil remunerado por el Tesoro Nacional.

Holgado y contento, sin más atención que el cumplimiento de su rudimentarismo mecánico en el rol burocrático, el individuo no ha pensado sino en arribismos bastardos, en la educación del Yo a las artes reverenciales y palaciegas que sean un poema de cortesanía; en revoluciones al régimen, por último, si estaba gozando del pan nacional o si no lo estaba por no haber militado en sus filas, haber sido cancelado o haber caído en olvido o desgracia del caudillo o sus adláteres.

En estas circunstancias, los únicos que sostenían y aún hoy sostienen la vida del Estado, son unos pocos ciudadanos que forman el porcentaje reducido y fuerte de la Nación que cubren con su trabajo honroso y laudable el presupuesto hacendario.

A ellos se juntan la inmensa mayoría de los olvidados y escarnecidos; la masa informe de los indígenas a cuyo cuidado se deja la agricultura y las labores más duras y bajas del campo y la urbe; esclavos indígenas que cumplen sus faenas de seis a seis, con pésima alimentación, peor vestuario y hondo desabrimiento y amargura.

Las grandes riquezas obtenidas por sucesiones cuantiosas se hallan en manos de unos pocos que cuidan del pulimento de la sangre y de su orgullo loco, repantigados en enormes otomanas y con el pensamiento fijo en la acumulación lenta y tranquila de sus *rentitas*, como las llaman en su lenguaje familiar con un guiño y sonrisa socarrona y chocante.

Estos ricos y otros más que se han hecho con los dineros del Estado y de los trabajadores, no tienden nunca, siquiera para amenguar un tanto su falta repugnante, a emplear sus capitales en industrias y empresas de benéficos resultados para la riqueza nacional. Se exceptúan apenas unos cuatro o cinco Empresarios o Industriales que constituyen una positiva ventaja para el trabajo y la mantención de la riqueza.

Anotemos también, que el otro elemento que motivó el estancamiento del progreso y procuró antes bien la suma ignorancia del pueblo, fue el fraile. Este, multiplicado en comunidades, acumuló a su vez, dineros fabulosos en muebles e inmuebles con los que satisfacía su vida muelle y glotona, vida que ha conservado pese a la miseria y al sacrificio del pueblo a quien todavía explotaba y explota aún con las limosnas, diezmos y primicias.

Por allí viven clérigos de esos trigos, de aquel y este tiempo, que han hecho sus fortunitas con limosnas y derechos

para misas y difuntos como buenos hijos y predicadores del Evangelio, de la doctrina del humilde Nazareno.

Ricos y frailes se han unido para la lucha por su bien y en todo tiempo juntos han sufrido las penalidades del infortunio y han gozado por la felicidad de sus hogares.

La posesión de su casta y de sus bienes, cosa ha sido de dominio y despotismo, y ay! de aquel que se ha interpuesto a su paso o hablado bravamente contra su malicia e impostura; la guillotina, el fuego, la tortura, la Inquisición; su poder era terrible como sus caras acciones y sus banquetes y pasiones.

Ah! Y cuando intervenían en la política?..... Cosa de ellos fueron la consagración de la República al Corazón de Jesús que impusieron en un cerebro un tanto desequilibrado; la pena de muerte y la excomunión; los diezmos y más privilegios y regalías.

En todo este tiempo, la Opinión Pública no se deja sentir sino para lamentar dolorosamente la situación, y sólo el genio valeroso, el talento cumbre; la ironía satírica y burlesca dirigida con precioso donaire, de Montalvo, los fulmina y los quiebra, rompiéndoles en mil jirones con su poderosa y fecunda pluma.

ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Es necesario que vengan los principios libertarios y la doctrina exterminadora de la ignorancia y el fanatismo, con el triunfo grandioso del 95, para que cese tan absurdo estado de cosas; que regresen los bienes a su verdadero dueño dándoles su propio destino.

Pero, este nuevo estado de cosas también, no podía quedar así, surgiendo desde aquel momento la lucha antagónica y eterna de partidos: los conservadores que no podían transigir ni tolerar tal cambio evolutivo que les quitaba por entero sus derechos dominantes; los liberales que traían la paz a los hogares y levantaban muy en alto el derecho de los hombres todos libres e iguales: la democracia y la soberanía del pueblo.

Como acabamos de decir, se establece la lucha de partidos políticos, lucha odiosa y vengativa de los unos; fuerte y noble de los otros.

Se originan las revoluciones intestinas que más daños y desbeneficios han causado a la Nación; revoluciones que han quitado sus mejores entradas y producido el empobrecimiento casi absoluto de su tesoro.

A esto, se aúnan, como ya habíamos dicho antes, nuestra especial psicología, nuestras costumbres, medio ambiente, que dan por resultado la falta de trabajo y producción, y he aquí, que entre revolución y revolución, han estallado otras de distinto género, encabezadas por caudillos ambiciosos, convirtiéndose a poco el Estado, en hacienda de unos pocos hábiles y atrevidos: una oligarquía amparada por la simulación de una democracia inexistente y menguada.

He aquí justamente la crisis de nuestras democracias, democracias que apenas viven en reglas e Instituciones; pero no en organismos de pureza funcional que respondan del cumplimiento de tales reglas e Instituciones.

Y en treinta años de vida republicana, dónde se ha vivido un momento un Gobierno que responda a tan magnífico nombre?.....Dónde no ha estado el privilegio de la clase y la modificación de las leyes o ausencia de ellas para cierta categoría de individuos?.....No sigue acaso, la misma rutina del servilismo y los presentes y compadrazgos para los cargos públicos?.....No se hacen los Gobiernos por saltos y se vive la omnipotente oligarquía con la que se consiguen viajecitos, honores y riquezas?.....Ciertamente que se ha salido del oscurantismo del fraile; el absolutismo del rico y de la pena de muerte y de otras lindezas por el estilo, desde la revolución liberal del 95; pero subsisten, con pequeños cambios las mismas Instituciones y leyes, cambios que deben su razón de ser a la misma natural evolución que siguen los pueblos y no a una meditación concentrada o un esfuerzo mayor. Las innovaciones, muchas veces, por extrema imitación, no han dado el resultado apetecido y allí están consignadas en papeles.

Ahora en cambio, se ha sustituido el oscurantismo de satana por el de franja y botones amarillos; el despotismo del rico se mantiene aún; y la pena de muerte se ha cambiado por la de destierro, prisión, boycoteo y clausura de periódicos, verdadero y único elemento de la Opinión Pública; por el allanamiento de los hogares y la espía continua de las vidas hasta íntimas de los individuos, empleándose para ello una crecida renta y agentes de toda calidad, sexo y condición.

Hemos adelantado algo en nuestra democracia?..... Existe verdadera política en que intervengan los ciudadanos y se hallen delimitadas honrada y técnicamente las funciones y organismos del Estado?.....La reconstrucción económica, política, (compréndese también la Internacional) y física de la Nación, que se pretende con tanta pujanza y bríos es suficiente para justificar la tiranía dictatorial y militar destruyendo aún la nacionalidad ecuatoriana que, por lo que se está haciendo y realizando, no es ni nacionalidad, sino sociedad a beneficios unilaterales?.....

La democracia no existe. La vida política que se vive en la actualidad en el Ecuador no es liberal ni conservadora, y, por los caracteres y condiciones que reviste; por la influencia inmediata que ha recibido por cuerpo de soldados desde la Ciudad Eterna, creo para mí, que es Fascismo, doctrina esto sí, que no se aclimata en el campo intelectual y en el obrero evolucionado.

La crisis de las democracias, tal como la ha descrito Ortega y Gasset con su especial e inteligente criterio, es un estudio realizado sobre la base de una observación unilateral: la técnica, observación que si bien es cierto denota estudio profundo de la filosofía política, no es suficiente, en cambio, para justificar con ella y conocer la verdadera causa de la mencionada crisis.

Afirma Gasset, que la concepción de democracia debe involucrarse en la de aristocracia, en cuanto que para su efectividad, debe aquella ser comprendida por los espíritus superiores e ilustrados, capaces de valorizar y pesar con suma delicadeza el conocimiento y aplicación de ella en la vida del Estado, pues, de lo contrario, sucede que, por su aplebeyizamiento sigue camino de su ruina; de su torcida finalidad que patentiza un falseamiento de su origen.

Esto supone, precisamente, la situación verdadera y crítica en que se ha diluido el concepto teórico que ha fertilizado la conciencia de unos pocos; los demás, el resto, les basta con que estos pocos sepan y practiquen científicamente para que vivan la situación liberatriz democrática; y esto, no puede darnos la razón para asegurar que así los pueblos evolucionan y raciocinan mejor sobre sus obligaciones y derechos cívicos que corresponden a todo país culto.

Y aún suponiendo la necesidad de que el tecnicismo organizador se halle en manos de un personal pequeño; pero

infiltrado, se entiende, de conocimientos completos y de la fuerza activa, además, con la que procure el establecimiento de reglas y de instituciones que modifiquen, permitan la adaptación y perfeccionamiento de la Idea, cualidad ésta que puede coexistir sólo con un medio apto y adelantado, pues, en nuestras latitudes se produce un acaparamiento ruinoso que impide toda posibilidad de que el pueblo abarque siquiera un pequeño rol de conocimientos que le ponga en aptitudes de delimitar su propia situación y la de los demás; el estado en que vive y la finalidad que justifique su creación; no es dable pensar que dicha necesidad sea una razón de tal estado de cosas, es decir, el Estado en manos de un grupo que hace de la democracia un signo de poderío y de riqueza individual.

Bien está afirmar que tal situación de conocimientos que diferencia los grupos, era indispensable en los primeros albores de vida republicana porque las circunstancias así lo exigían: el grupo inteligente y capaz tenía el deber y estaba designado a salvar la obra construida; a llevar, con su pensamiento difundido en toda forma, el triunfo de la idea libertadora de las conciencias y dignificadora de los espíritus.

Mas, ahora, que se tenga como crisis aquello que debe ser un principio de necesidad nacional, y que se apruebe la absorción y el cerramiento radical en la estrechez comprensiva de unos pocos, es aplaudir la ignorancia y apoyar el acaparamiento o absorcionismo.

El pueblo debe ilustrarse más y más, y, si por una costumbre plausible; por un hermoso sentimiento de vinculación y de amor a su Patria, espontáneamente arranca sus gritos de admiración y respeto a ella; gallardo y valiente se ofrenda para su defensa; pronto también, debe prestar su contingente capaz y activo para su rápido y verdadero desarrollo.

Dijimos que el Facismo no se aclímata en el campo intelectual, en la juventud ubérrima en sus aspiraciones y ferviente en sus deseos de conquista de mayor libertad y establecimientos de instituciones que llenen el actual llamamiento del mundo en las necesidades humanas; en el obrero que ha satisfecho su obra de conocimiento; y, así es en efecto: hoy más que nunca se mantiene latente en todas las conciencias la doctrina que con más exactitud se aviene a la verdadera reivindicación de los derechos.

Con ésta destruirá el organismo de sus representaciones absurdas en las que ha delegado docilmente su poder; creará

a autoridad surgida del valor de su conciencia colectiva y en ella se confundirá su Gobierno.

No será el Bolchevismo que ensangrentó Rusia y sacrificó, sacrifica aún, a millones de víctimas; tampoco las formas externas que han derivado del socialismo y que implica inutilidad y ausencia de toda función organizada: Anarquismo, Nihilismo: ni tampoco las de mero ilusionismo que forman su plan doctrinario en las fuentes idealistas de Platón y Campanella, como pasa con el Falansterianismo inmenso de Fourier y de Saint-Simon; no, será el Sindicalismo, principio único que consulta el nexo jurídico de la personalidad toda, y en el que la representación y autoridad, bastardeadas por la democracia teorizante, no se pierden por beneficio individual o de grupo, porque son del alma conjunta, de la conciencia que emerge y palpita en el espíritu colectivo, y que se halla unida por toda relación.

Es el sindicalismo definido por los eminentes profesores Hauriou y Duguit; es el sindicalismo justificado por Le Bon, el publicista de grandes arrestos y talento formidable; es el que principia a vivirse en Inglaterra, Francia y Estados Unidos, aunque aisladamente como células sociales y de un modo general, con las limitaciones impuestas por los Gobiernos que no transigen con la idea de la obligación de devolver el poder de quienes lo tomaron.

Ojalá el Ecuador, conforme estimuló con grandes arrestos el Establecimiento de su Nacionalidad Republicana, así también, sea el primero en imponer la doctrina de su verdadera reivindicación. Y, creo para mí, que ese porvenir no está muy lejos ni se muestra con ceño agrío y de proporciones gigantescas que obstan su pronto advenimiento.

Además, bastante se ha preparado la conciencia del pueblo a este respecto y falta que él, juntamente con la juventud ilustrada, reflexione hondamente sobre la pureza de ella y las consecuencias beneficiosas; la bondad de su esencia política, filosófica, jurídica económica y social.

Hecho esto, se irá a la organización y reglamentación especiales que requiere la construcción sindical. La selección de grupos comprende su diferenciación de clases gremiales según el oficio o la calidad del trabajo. Cada grupo significa una sociedad sindical con su personería jurídica y su gobierno funcional que mira por los derechos y deberes que cada uno por igual cumpla; sus Cooperativas de Producción y Consu-

mo que constituyen su defensa social juntamente con la Caja de Ahorros, vivienda y Policía Sindical. Cuenta además con su educación artística en todo género y forma; órganos de publicidad, teatros y otras diversiones que hoy son sólo monopolio del rico, del despótico potentado del Gobierno y del frívolo y perfumado militar.

El sindicalismo obrero no será sino una demostración clara y evidente de la dilatación prolífica de la nueva doctrina de la confirmación triunfante de otra era del mundo, concretada en una sociedad sintética, de evolución quintaesenciada que ha recorrido toda la trayectoria dolorosa y miserable de las deformaciones y vicios humanos, purificándose en el tiempo.

Esta será, la super-sociedad de faz noble y lumínica; símbolo y ejemplo de la paz; de la igualdad y fraternidad humanas.

De paso, debemos indicar, que, si los Gobiernos desean disminuir el alcance de sus faltas, es necesario que empleen todo el dinero que hoy gastan en hacer que perdure el mal y la intranquilidad social, educando, alimentando, vistiendo y armando a los soldados, y aún inútilmente haciéndolos exhibir en ciudades extranjeras, es necesario, repetimos, que funde y construya Escuelas y Escuelas para la Institución Pública; favorezca su difusión por todo medio y reparta gratuitamente libros, revistas, periódicos escritos para este objeto, llanos y fáciles para la comprensión obrera; apoye el recorrido de una maravillosa biblioteca ambulante como lo hizo Vasconcelos, verdadedero pensador y Apóstol de la Instrucción, en Méjico; como lo hace también Estados Unidos actualmente. Funde, además, a toda costa, Escuelas Especiales, como las de Artes y Oficios, que no son sino dos o tres en todo el Ecuador, de educación cívica, moral, política, económica en sus conocimientos primordiales que le sirvan al obrero en su vida práctica conocido como ciudadano del Estado en sus derechos y deberes Constitucionales; en su ingerencia como miembro activo de la sociedad en que vive, como trabajador, contribuyente amparado por las leyes, etc., poniéndole, además, en capacidad de conocerlas para su reclamo ante las respectivas autoridades contra la explotación inicua; contra la falta de pago; el gasto de sus enfermedades, mutilaciones y su muerte misma acaecido todo en el curso de su trabajo.

Los fenómenos jurídico, ético y económico. Como resultados que son de varias causas todas relacionadas con los cambios sociales, observemos si coinciden y logran patentizar la aplicación de tales causas las Escuelas Sociológicas, que toman como punto de partida, la sociedad, considerada como un sólo organismo, homogéneo en cuanto a todos sus fenómenos y actividades; heterogéneo en cuanto a los elementos que la informan en la realidad social.

La singular espiritualización de la sociedad nos lleva a conciliar ésta con la causa delimitada por Ward en su escala científica, nominada, télica, distinta de la conativa que informa la psicología individual.

D' Roberty después de una larga observación de los fenómenos que presentan los grupos animales en los que el instinto fortalece sus relaciones gregarias, concluye por afirmar la existencia de un algo especial, irreductible en la sociedad, que implica asimismo un vínculo de unión que se expande y amplifica conforme más avanza el tiempo.

Este algo, será ese proceso de crecimiento de la actividad psicológica que nos habla Bastián; la Simbiosis Social o Solidaridad Orgánica de Izoulet; la Coerción Espiritual que cita Durckheim, o la Sinergia Social de Mazel? D' Roberty al llamar «Socialidad» a ese algo irreductible, explica en esta forma su teoría: «la sociedad es siempre una idea, una realidad abstracta, y tiene como correlativo, no el individuo biológico, sino el individuo social, que es su forma concreta y particular.—La sociedad preexiste lógicamente al individuo social; pero los individuos biológicos preexisten realmente al individuo social; la sociedad, por tanto, tiende absorber al individuo biológico, pero no al social a quien ella crea». Distingue la psicología y la sociología en el sentido de que los caracteres esenciales propios del fenómeno social en relación con el fenómeno psíquico son: La *anterioridad* y la *exterioridad*; esto es, la transmutación de la multiplicidad orgánica o biológica (especie, raza) en unidad *super-orgánica* o *social* (comunidad, sociedad), y la metamorfosis de la unidad orgánica (egoísmo, aislamiento; lucha por la vida) en una multiplicidad superorgánica (altruismo, cooperación, moralidad); este es el contenido propio del fenómeno social y el principio de la sociología.

Baldwin, verificando un prolijo estudio del desarrollo psíquico del niño por etapas graduales que las describe con

detalles y pinceladas maestras, arranca su doctrina comparativa y de progreso similar para la sociedad. Esta atravieza por todas las faces del ente biológico y psíquico: niñez y adolescencia, juventud y vejez. Más que psicológica esta doctrina, tiene su base biológica, teniéndose en cuenta, que el envejecimiento de las sociedades es muy discutible, pues, en esta vez, como ya dijimos, la Cultura es demostración evidente de su eterna juventud que no perece con el tiempo.

Rousseau primero y después Fouillée, plantean la doctrina del Contrato Social que hace posible la intervención de un vínculo abstracto que junta los individuos en una agrupación cuyo principio y finalidad se fundamentan en la fuerza generatriz jurídica.

Giddins hace lo mismo concretando su estudio en la conciencia de la especie.

En esta parte, todos los autores difieren en consideración al origen propio vertido de un antecedente causal que motiva también la varia y compleja actividad del organismo social.

Siguiendo un análisis crítico de los diferentes períodos que han experimentado las sociedades, se ha querido encontrar en cada uno de ellos un algo distintivo que permita justificar el paso de una época y el nacimiento de otra, y, sobre todo la clase de cultura que corresponde a un aumento de civilización vivida.

Así entonces, ha podido atribuirse o sintetizarse los grados de cultura que han informado cada época, en un número conveniente a un cálculo anticipado de períodos civilizados; y esto, ya de un modo general para un estudio sociológico o ya particular para tal o cual fenómeno que a la sociedad se refiere.

Comte, nos indica, éstos en sus períodos teológico, metafísico y positivo; Spencer hace lo mismo con sus: Concentración, Diferenciación y Coordinación; y anterior a estos sabios, se anticipa Vico con su admirable doctrina de «Los Ricorssi».

Otro sociólogo, tomando como base los fenómenos psicopatológicos que siguen la línea directriz de las funciones anormales, nos sorprende con la doctrina de los «Saltos Espasmódicos» que experimenta la sociedad en su caprichosa fenomenología, sin intervenir para nada la conciencia ni otra facultad superior que logre imperar en determinados momentos, pues aquella se deriva de su solo mecanismo.

En efecto, en lo biológico y psíquico se cumplen los saltos espasmódicos sin que influya para su producción ningún otro factor que la propia naturaleza en su mecanismo animal; producción que se opera repentinamente y sin que pueda anticiparse su nacimiento. Este fenómeno se ha explicado satisfactoriamente por la ley de la herencia que se cumple fatalmente aún después de transcurridas algunas generaciones, provocando la admiración consiguiente.

Ya tendremos, por ejemplo, un idiota en generaciones admirables de artistas y pensadores; ya genios en generaciones de tipos medianos o estúpidos.

En este fenómeno coexiste además, relativamente al primer aspecto considerado, la influencia perdurable e intensa de algún defecto o vicio adquirido, o enfermedad de algún antecesor: pueden ser el alcoholismo; los alcaloides; las enfermedades de estragos terribles como la sífilis y alguna otra.

Tarde estudia las leyes de mayor valor como factores de transformación social, y nos hace el presente científico de sus tres principios maravillosos de la oposición, repetición e imitación.

En verdad, al verificar la aplicación de estas leyes a los cambios sociales, encuéntrase su acertado cumplimiento como causa explicativa. Sin embargo, como todo conocimiento que a la sociedad se refiere, tales principios no tienen carácter de certeza absoluta, y, muchos fenómenos hay, que escapan a su apresamiento científico teniendo que recurrir entonces, a otro principio que los explique o determine.

Con las leyes de Tarde, se ven muy claramente por otra parte, las semejanzas y desemejanzas; la simpatía, el egoísmo y el odio o el amor, contando además con que éstas comportan una actitud reflexiva y dinámica que suma los fundamentos causales por otros sociólogos considerados.

Spengler, teniendo a su vista una serie no interrumpida de hechos que falsean aparentemente el valor ascencional de la cultura actual que sufre quebrantos, y contando además con las circunstancias de debilitamiento y raquitismo económico que sacude nerviosamente el ánimo de Europa, acude a un pesimismo escalofriante y terrible y nos habla, no sin mucha elocuencia, esbeltez y argumentaciones de una sólida ilustración, de la Decadencia de Occidente y el Envejecimiento de los Pueblos.

A la resonancia de esta doctrina, contribuyen las profundas conclusiones a que llega Einstein en su «relativismo universal» que imprime nuevo rumbo a las Ciencias Matemáticas.

Por último, siguiendo el actual empuje que materializa la civilización del presente siglo con las fábricas, industrias, inventos de toda clase; la comunicación rápida y momentánea; el valor del oro que marca la exactitud de las horas y la calidad de los hombres y las cosas; toda una alternabilidad promiscua de fugas vaporosas que con el trasunto de una ciudad movida por electricidad y gasolina en la que atraviezan como figuras de películas, filósofos, políticos, moralistas, artistas, oradores, poetas, ingenieros y obreros en una carrera fantástica y vertiginosa, llevando tras ellos las figuras tétricas o grotescas del hambre, la miseria la prostitución; el alcoholismo y las enfermedades; los niños raquíticos que muestran en sus ojos la luz de su vejez prematura; las mujeres a la Garçonne que echan por tierra el feminismo; la peste de la guerra y las ambiciones; las caras redondas y abultadas de los ricos banqueros, agiotistas, bolsistas, reyes del oro de piernas aguadas y panzas prominentes; la justicia paseada con escarnio; cerrando la infernal carrera, como símbolo sarcástico y chillón, el chauffeur, viajando con habilidad pasmosa en su automóvil en el que lleva las virtudes y los vicios por todas partes, ha impulsado a Keyserling a fundar su doctrina del «Chaufferismo». Este moderno sociólogo con su imaginación viva crea cuadros de un futurismo elevado y bellissimo que dan vida a la visión magistral del porvenir de los pueblos.

En todas las hipótesis o doctrinas consignadas y habida consideración del pensamiento general que en ellas vive, podemos decir que en todo momento se acercan a reunir los elementos que confirman la existencia de la conciencia social, factor básico, al rededor del cual hacen girar otro u otros elementos de causalidad cuya naturaleza en tal conciencia se genera.

En efecto, una conciencia parece dirigir todos los cambios sociales y presionar el alcance de su influencia y el valor de sus consecuencias.

En una sutilidad extrema, al analizar la personalidad psíquica, se ha pensado en la posible separación del yo, el alma y el espíritu, cada uno con su individualidad propia co-

mo centro de energía de una cierta categoría de funciones y de producción fenoménica.

Cómo se presenta cada uno de ellos?..... Hasta dónde puede ir la experiencia en su investigación anatómica y qué clase de nuevas funciones preocuparán a la ciencia?... Sobre qué base tan movable y elástica se sustenta la verdad! Interrogantes son que dan la medida de la realidad científica y de la inquietante expectación de los sabios, filósofos y pensadores.

La conciencia social puede estar sujeta a medida y a cálculo, y la intensidad de sus curvas vibratorias pueden esquimatizarse.

Siguiendo la división psicológica de la conciencia en sus cuatro poderosas manifestaciones: intuición, razón, inteligencia y conciencia, cuándo podremos decir que tal fenómeno social se halla en éste o en aquél estado?..... Tratemos de investigar.

Hay fenómenos como el jurídico que reúne los caracteres de razón e inteligencia: la cristalización y fijación del derecho se consigna en leyes que son la máxima aspiración que exige un pueblo en sus relaciones tendientes a crear, modificar, extinguir, sus afinidades jurídicas, en lo civil; o sancionar los hechos materiales que si bien dan lugar a relaciones de derecho no son de su esencia, estableciendo su defensa, en lo penal; o regularizando su hacienda pública y su administración en lo hacendario; en sus relaciones internacionales, por último.

El moral o ético es esencialmente de conciencia en cuanto que la concepción del bien y del mal; del vicio o la virtud, depende de una consideración relativa que puede variar de individuo a individuo y de grupo a grupo.

El fenómeno moral casi siempre encuentra su campo de vida en el religioso y junto a él hace la diferenciación de sus valores. Se convierte sí, en actos concienenciales e intuitivos.

El económico es de intuición e inteligencia: el hombre de negocios se anticipa, en la práctica frecuente de sus operaciones, a los cambios que está cercano a experimentar, y, cuando los dirige con inteligencia, propiedad del hábil financista, acierta y obtiene resultados maravillosos. Esta intuición se conoce vulgarmente con el nombre de cálculo que bien puede coexistir con éste cuando se ayuda de las matemáticas, limitada sin embargo tal coexistencia para cierta categoría de opera-

ciones mercantiles que por su naturaleza reviven en un mecanismo habitual.

El político o la política requiere la integración de todos los elementos que venimos estudiando cuando aquella es excepción de sólo algunas personalidades salientes que caracterizan los verdaderos hombres de estado; personalidades que surgen en un medio apropiado y digno para desarrollar sus dotes. Esto no quiere decir que la política sea exclusiva de tales personalidades solamente.

Tal sucede en países como Inglaterra, Francia, Estados Unidos, Italia y otros más.

En el Ecuador no se producen hombres de tan privilegiada naturaleza, y sí los hay, o no intervienen activamente por la repugnancia que les causa la práctica mediocre y consuetudinaria de convertir la finalidad del Estado en negocio de auxilio mutuo, o porque prefieren gustar de la ciencia en el libro y en la cátedra, o en alguna otra actividad social de carácter cívico.

Además, es consabida la fórmula que se acostumbra entre nuestros políticos, la del *do ut des*, y hombre que no tuvo para dar se lo olvida y se lo separa.

Por qué tal situación?... Porque apenas se posee el conocimiento vulgar de la política sin adentrarse en su esencia y fundamento científico; en su práctica técnica deducida de un trabajo paciente y largo de observación y experiencia; de conocimiento comparativo de las actividades y funciones extranjeras que les permita hacer selección y crítica.

Dada la idiosincracia nuestra que sigue el camino trazado desde tiempos pasados, los factores principales de nuestra política son el hambre y la ambición desmedida de arribismo. Muchos hombres, dice Giddins, se adhieren a un partido político, llevados, más que por sus convicciones, por sus gustos. La creencia y el interés, son sin embargo, los factores de la asociación política.

Y así, no puede hacerse jamás ciencia ni formarse verdaderos políticos, máxime, «que el gusto de la humanidad para servir a las pasiones de los ricos y de los poderosos es el fundamento de la distinción entre las clases y los órdenes de la sociedad».

A no ser, esto sí, que se considere alta política, la llevada hasta el gracioso extremo de premiar con medalla de oro a un hotelero por el hecho de servir magníficas viandas en

vajilla de lujo y con sirvientes galoneados sujetos a un formulario moderno y elegante.

Y, de un modo más palpable se nota la concurrencia necesaria de las cuatro unidades que venimos estudiando, en la Política Internacional, en la que se requiere para su efectivo cumplimiento, una perfección suma de cualidades políticas y una acción pronta, valerosa y hábil; de una ductilidad prudente y admirablemente dirigida, capaz de desarrollar todos los medios posibles que den por resultado un beneficio honroso, útil e inmediato al Estado que representa un Diplomático.

El Internacionalismo es una de las más bellas extensiones del Estado y con él tiende a reunir las sociedades humanas en una fecunda y hermosa confraternidad, haciendo suyas las aspiraciones y vertiendo en cada una de las conciencias la luz comprensiva de la verdad, la justicia y la paz universales.

La relación de los Estados no tiene el mismo fin que creó la política en sus primeros momentos, y hoy, en el estado de evolución al que hemos llegado, la Política Internacional se ha modificado grandemente, cual corresponde al concepto verdadero del Derecho: respecto a las Nacionalidades; a la integridad y soberanía de los Estados, y a la exigencia que, en torrentes armoniosos derrama la humanidad por el amor y la paz que deben reinar en ella.

Debemos analizar de paso, ya que en materia política ha nacido, los derechos reclamados por la mujer para la ingerencia que debe tener en todos los negocios del Estado.

Con tal motivo ha tenido lugar la organización del Feminismo, primero en Inglaterra, país donde tiene fervientes admiradoras y una numerosa cantidad de prosélitos, y después, en otros países que han sentido el aguijón de la novedad como Estados Unidos, Alemania, Francia y algún otro, llegando su influencia a la nerviosa imitación en ciudades americanas que por su civilización, costumbres y hábitos, idiosincracia de relieves singulares, no podían ni debían dejarse llevar por esa corriente imitativa.

Se ha planteado entonces la cuestión: Feminismo y Feminidad. Es necesaria la concurrencia política de la mujer en los negocios del Estado, y, si es necesaria debe tener limitación para sólo determinadas funciones? Tal concurrencia puede ser un beneficio para el Estado o al contrario un perjuicio de orden social?..... La mujer es apta para esta

concurrencia sin menoscabo de su sentimiento, de sus virtudes, su carácter y las funciones de su natural actividad?..... Puede permitirse su intervención política con sacrificio de ella misma y el hogar como madre, esposa, hija y hermana?...

Estas y más preguntas podrían hacerse a este respecto para ver de solucionar el problema y detener el fracaso y la crisis a que podemos llegar con el avance del Feminismo.

Y la cuestión ha sido discutida con mucho ahínco y gran efervescencia por parte de los que aceptan la intervención de la mujer en la política y por los que la niegan, que, dicho sea de paso, están en lo más justo.

Y no se diga que estos últimos no vivan en el actual siglo ni saboreen la gran cultura moderna satisfaciéndose con ella, pues son argumentaciones baratas y desprovistas de fondo.

El Ecuador sin que sus legisladores hayan conocido el Feminismo o su intervención en esta parte, más bien dicho, han dejado ese vacío en las leyes, pues, se permite a la mujer, sin que ninguna ley lo prohíba o autorice, o se le reconoce, mejor dicho, una capacidad para ser electora o elegida.

El número de argumentaciones en pro y en contra es inmenso y ellas razonadas con gran inteligencia han sido por hombres de positivo talento, por grandes políticos, sociólogos y artistas, y su valor ha sido pesado por Gobiernos e Instituciones Científicas. Tal vez se ha solucionado en gran parte, pero todavía no se ha resuelto.

Por nuestra parte creemos, sin pretender mayor alcance en nuestro parecer, que debe considerarse el Feminismo desde el punto de vista racial y de educación ambiente, y, tomarse en cuenta, además, lo relativo a la conformación mental y psíquica de la mujer.

Respecto a lo primero, preséntase más soluble la cuestión: por lo regular, admítase que la raza anglo-sajona, presta mayores posibilidades para conceder a la mujer cierta categoría de libertades, entre ellas, la de ejercitar los derechos políticos ya para elegir o ser elegida o ya para tener ingerencia inmediata en uno o cualquiera de los Poderes del Estado en el desempeño de un cargo, empleo o magistratura.

La educación rígida y formulista es un factor que viene en apoyo de nuestra afirmación; pues el Institutor Inglés, metódico, exacto y de reflexión madura y reposada, un tanto excéntrico, refleja su espíritu de un modo absoluto en sus discípulos que forman el suyo a semejanza de él.

La mujer, entonces, adquiere una caracterización completa de su personalidad, tan distintiva, tan suí géneris, que no cambia y permanece fuerte bajo la influencia de todo medio.

Inglesa, Alemana y aún Yanquilandés, presenta, en cualquier momento los rasgos precisos de su educación adquirida y la riqueza admirable de su raza.

Por tales razones pudo generarse y tomar incremento entre las hijas de Albión las ideas revolucionarias relativas al Feminismo.

La novedad de ella después, el trabajo intenso de propaganda por la edición nutrida de hojas volantes, folletos y periódicos, el interés que despertaron en instituciones y colegios científicos, y el mismo Gobierno, la hicieron revestir de enorme importancia dejándole campo expedito para su desarrollo hasta llegar a concretarse en una verdadera obra igual que de regeneración o renovación social.

Con tales caracteres verificó su inmigración en otros pueblos donde no llegó a obtener positivos resultados, a no ser en los que reunían signos de semejanza como Estados Unidos y Alemania. En los latinos, hecha inclusión de los pueblos americanos, por raza, educación, costumbres y más elementos diferenciales, como ya dijimos, no sucedió lo mismo y constituyó un verdadero fracaso. Y, fue tanta la tergiversación y torcida interpretación que se dió a la doctrina, que el Femenismo sólo fue motivo para la creación de un tipo ideal de mujer, «La Garçonne», tipo ideal que se encarna realmente en mujeres de carne y hueso, desprovistas de sentido, vacías, y lo peor, sufriendo la locura de poseer una inteligencia ad-hoc en la que almacenan una cantidad de fórmulas y de principios con que pretenden justificar su pasión; otras hay, de segundo orden, frívolas y chillonas que alternan en la vocinglería confusa y simple, los gestos desprovistos de naturalidad y de elegancia; hablando sin cesar, del Smoking, de las Horse-rice, del Bathe, The Fashion Review y Magazine; of Mr. Dempsey ant The Box; The Foot Ball, The Base-Ball y Mr. Wyscousin el mejor árbitro, y para terminar, de Ollkind of Dances: The Shimy, Can-can, Charleston, Frou and Frou, y tantas otras tonterías que no son para recordar, todo, sin hilación, sin fondo comprensivo o crítico o alguna anotación digna de tomarse en cuenta y que den la medida de conocimiento e instrucción.

En cuanto al segundo aspecto planteado relativo a la conformación mental y psíquica de la mujer, nos inclinamos a creer con varios autores, entre ellos Moebius y Max Nordau en la certeza de nombrar *anormalidad* al hecho de presentarse, en la vida corriente y ordinaria de la mujer, una que tenga dotes privilegiados de inteligencia que iguale al hombre, la misma que, por la situación que se merece en el campo intelectual, es la única llamada talvez a cooperar con franco éxito a la finalidad del Estado ejercitando todo derecho.

El Feminismo, así tomado, tiene su influencia y justificación relativas, y, sin destruir la feminidad único y positivo adelanto de prosperidad nacional, puede existir como un agregado, aunque innecesario, de utilidad accidental.

No por esto, se crea nos encerramos en un pensamiento estrecho y talvez retrógrado; al contrario, participamos con la más ardiente voluntad y con entera convicción, del urgente establecimiento de leyes, Instituciones y Organismos apropiados que tengan por fin no sólo la protección y prosperidad material de la mujer, sino también su perfección educativa y cultural correspondientes a las necesidades propias de su delicada y exquisita condición; de su hermosa y admirable emotividad imaginativa; de su maravillosa y alta finalidad que sintetiza las aspiraciones de su vida en sus deberes y obligaciones para con la Patria y el Hogar que ha deificado el hombre y han coronado los siglos.

Tócanos ahora estudiar el factor estético que reviste enorme preponderancia en la vida social.

Y nuevamente, haciendo incapié en las unidades dilectivas del espíritu que han servido de base a nuestro discurrir intelectual, diremos, que lo estético, es único en escapar a tan sólido plan explicativo.

La concentración que motiva el influjo de su conocimiento y el hondo estado meditativo que adquieren las facultades en su investigación y que en él se sumergen, son revelaciones de la difícil y compleja estructura del *sentido estético* que verifica la conjunción del espíritu en todas las manifestaciones derivadas de su potencia dinámica.

Sorprende en verdad la maravilla de su construcción y bien podemos decir que su realidad le excluye del resto de actividades que conforma el psiquismo individual, sucediendo, además, por una rara modalidad que reviste su múltiple y fecunda energía, que las acopla sumándolas para sí.

De tal modo que lo propicio de su fuerza creativa depende ya no de la sola existencia de las derivaciones intelectual-cerebrales, sino que éstas comporten una actitud de perfectibilidad cierta y aprovechable, suponiendo además, un medio y circunstancias determinadas en que pueda desenvolverse, en línea ascensional, su fin de cultura.

El *sentido estético* se localiza en el individuo y es de su naturaleza, y su ejercicio educativo tiene una consecución inmediata, la Cultura propiamente dicha, y no de un modo unitario, pues su valor influyente no se reduce a uno u otro orden de conocimientos solamente, sino a todos, siendo más palpable en alguno o algunos por su mayor y decisiva ingerencia.

Por otra parte, el sentido estético se manifiesta inconfundible y la obra efectiva que él levanta en toda generación y en todo pueblo es signo elocuente en que se refleja, pujante y donairoso, su acción muy divina y muy humana.

En nuestra opinión, el progreso humano en todos los órdenes de conocimiento ha dependido siempre del *sentido estético* que llevamos tan íntimo, tan fuertemente arraigado a nuestro yo.

El ennoblecimiento y finura que alcanzan los sentidos para distinguir las percepciones diáfanas y purísimas; el vuelo subyugador de las facultades que infunde vida a las imágenes nacidas de un hondo subjetivismo; el genio prodigioso que sorprende a la Naturaleza en su misteriosa y compleja movilidad potencial; el pensamiento que agudiza la perfección de su corriente para penetrar en el corazón de las sociedades y aprisionar el espíritu inquieto y esfumadizo que en ella mora; la armonía melodiosa que juega esquivo, alucinante, como bañada en transparencias de luz y de color; el ritmo cadencioso que duerme la vida en ardiente idealidad; la belleza de la línea; la espiritualización de la vida en la perfección de la materia, son las diferentes modalidades en que se diluye de manera excepcional el sentido estético.

La historia nos instruye en el detalle y en la relación de su significado virtuoso y creador.

Todas las sociedades han surgido en su cultura guiados por la luz atrayente de sus bondades educadoras, y la ausencia de su estímulo, la falta de atención en su cuidado han ido en detrimento de sus aspiraciones superiores.

El sentido estético es la esencia de toda concepción; de todo acto: la vida instintiva, la consciente, están reguladas por su corriente vivificadora; la situación diferencial; el ser de las cosas concretas en fórmulas y en reglas; no son sino el resultado de la impresión gravada en su cuerpo estructural que forja el pensamiento y que con él se confunde.

Lo estético no encontramos sólo en el arte, ya sea en la poesía, ya en la pintura o la escultura; no tendría entonces un valor amplio y general y la unilateralidad de su manifestación vendría a menoscabar su acción en muy poco provecho.

La belleza, tal como debemos considerarla, como producto del sentido estético, la encontramos en todo conocimiento y la base de sus principios que sirven para fundamentar la diversidad de su posición científica depende de la especial dirección que imprime el pensamiento.

Por otra parte, la finalidad que obliga a una ciencia, caracteriza una nueva conquista del hombre en beneficio de los pueblos; conquista que satisface a la belleza de un triunfo y la que saborea el hombre con una alegría cierta e indefinible en las intimidades de su yo.

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
FUNDADA EN 1910
QUITO
ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

El sentido estético sigue el camino trazado por el tiempo, y sus modificaciones, su evolución, han sido permanentes sin estancarse ni destruirse nunca. Ha escapado triunfante a las leyes de las transformaciones sociales; y, si han terminado las civilizaciones, han llegado al ocaso los pueblos, la cultura de éstos no ha sufrido quebranto alguno y en pie ha permanecido solemne y magnífica, desafiando al tiempo en grandes monumentos e infiltrándose en la conciencia de los hombres de todas las edades.

Necesario es consignar ahora que muchas doctrinas sociológicas pecan por la unilateralidad con que conceptúan la ausencia o producción de fenómenos sociales, y, si bien es cierto que la preeminencia de su estudio no está desprovista de la necesaria investigación científica, no por eso, ante la admirable concurrencia de datos, hechos, relaciones, todo documentado con amplia y prolífica ilustración, estaríamos en el caso de aceptarlas sin acogernos a la búsqueda y a la crítica.

Otras en cambio, talvez espigan en campo ajeno llegando a conclusiones extremas; o se estacionan en punto de intolerancia y rigidez constructiva.

En todo caso, la prudencia y el saber ordenan a correrse al sistema ecléctico que escoge y separa sin arbitrariedad; pero con cordura, delicada elasticidad e inteligencia.

Hay sociólogos que han escapado, por su portentoso genio y el caudal de su instructiva, a un cuerpo de doctrinas, perteneciéndose a todas: Comte y Spencer han reunido tales caracteres.



ÁREA HISTÓRICA

DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL